



BRANDON SANDERSON

LA DEFENSA DEL ELÍSEO

se

**Ambientado en el mismo universo que la saga «Escuadrón».
Ganador del premio UPC.**

Siglos antes de que Spensa mirara hacia el cielo desde el planeta Detritus, en la antigua Tierra antes de que se perdiera, Jason Write se enfrentó a una pregunta crucial: ¿estaba la humanidad lista para unirse a la sociedad galáctica?

Cuando una pequeña compañía telefónica anticuada y casi en quiebra descubrió las comunicaciones superlumínicas en 2071, especies extraterrestres como los tenasi y varvax las escucharon y visitaron la Tierra, estableciendo el Primer Contacto. Desde entonces, ante la inferioridad intelectual humana, la Compañía Telefónica ha sido la intermediaria entre los humanos y las poblaciones galácticas, por lo que sus agentes como Jason operan por encima de la ley impuesta por los Gobiernos Unidos.

Ahora, en la estación espacial Vísperas, una científica de la Compañía Telefónica ha desaparecido para posteriormente aparecer en un hospital con amnesia, y Jason es enviado a investigar. Justo cuando llega, se descubre el cuerpo muerto de un embajador varvax, que seguramente provocará un incidente galáctico. Coln Abrams, de la Organización de Inteligencia de los Gobiernos Unidos, aprovecha la oportunidad para investigar a Jason mientras lidia con la crisis. Esta podría ser la oportunidad de la OIGU para descubrir los secretos de la Compañía Telefónica: ¿cómo funciona la comunicación superlumínica? ¿Qué esconde Jason?

BRANDON SANDERSON

**LA DEFENSA
DEL ELÍSEO**

La mujer se revolvía entre espasmos tumbada en una cama de hospital. Tenía el cabello oscuro pegado a la cabeza por el sudor y sus movimientos descontrolados parecían casi epilépticos. En cambio, sus ojos no tenían el frenesí de la locura, sino que se veían enfocados. Decididos. La mujer no había perdido el juicio: era solo que no podía controlar los músculos. No dejaba de mover las manos por delante haciendo unos gestos torpes, unos gestos que a Jason le resultaban extrañamente familiares.

Y lo hacía todo en silencio, sin pronunciar ni una sola palabra.

Jason apagó el holovideo y se reclinó en la butaca. Lo había visto ya una docena de veces, pero aun así el vídeo seguía desconcertándolo. De todos modos, no podría hacer nada hasta que llegara a Vísperas. No le quedaba más remedio que esperar.

Jason Write siempre se había sentido identificado con las Plataformas Exteriores. Había algo en la forma en que flotaban solas en el espacio, sin dejarse reclamar por planeta ni estrella alguna. No eran solitarias, sino... independientes. Autónomas.

Jason iba sentado junto al ojo de buey del transbordador, por el que se veía Vísperas mientras la nave se aproximaba a ella. La plataforma, como todas las de su tipo, era una lámina metálica de ochenta kilómetros de longitud con edificios asomando de sus dos caras. No era una nave, ni una estación espacial siquiera, sino apenas una sucesión de edificios aleatorios rodeados por una burbuja de aire.

De todas las Plataformas Exteriores, Vísperas era la más remota. Situada entre las órbitas de Saturno y Urano, era el puesto de avanzada humano más alejado en el espacio profundo. En cierto modo era como un pueblo fronterizo del antiguo Oeste, señalando el límite de la civilización. Solo que en el caso de Vísperas, opinara lo que opinase la humanidad, la civilización estaba al otro lado de la frontera, no en su interior.

A medida que la nave se aproximaba, Jason pudo empezar a sentir los alzacios y edificios individuales de la ciudad, muchos de ellos conectados por pasarelas. Tenía los ojos vueltos hacia el ojo de buey, pero la postura era irrelevante. Lo habían declarado legalmente ciego al cumplir los dieciséis años. Hacía mucho tiempo que ya no podía distinguir ni siquiera las sombras y la luz. Por suerte, contaba con otras maneras de ver.

Podía sentir las luces que brillaban en las ventanas y las calles. Para él, su resplandor blanco era un leve zumbido en la mente. También podía sentir la hilera de edificios que emergían, de un modo que casi le recordaba a las siluetas recortadas contra el horizonte de un antiguo paisaje urbano de la Tierra. Por supuesto, en Vísperas no había un verdadero horizonte ni un cielo. Solo la negrura del espacio.

«Negrura». Voces riéndose al fondo de su mente. Recuerdos. Jason los apartó.

La lanzadera entró en la envoltura atmosférica de Vísperas. La plataforma no tenía esfera exterior ni campo de fuerza como los que utilizaban algunas estaciones espaciales más antiguas. Los generadores gravitatorios elemento-específicos habían eliminado la necesidad de esos mecanismos y habían abierto el espacio a la humanidad. Los GGE y los generadores de fusión implicaban que la especie humana podía escupir un pedazo de metal inerte al espacio y poblarlo con millones de individuos.

Jason se reclinó mientras la lanzadera iniciaba la aproximación final. Viajaba en un compartimento privado, por supuesto. Estaba bien amueblado y era cómodo, como requería un trayecto tan largo. La estancia aún conservaba el tenue aroma del filete que había tomado para cenar, pero por lo demás tenía un olor estéril, a limpio, que le gustaba. De haber tenido casa, Jason la habría mantenido también de ese modo.

«Supongo que se acabaron las vacaciones», pensó. Se despidió en silencio de su relajada soledad, levantó la mano y tocó el pequeño disco de control que llevaba sujeto a la piel detrás de la oreja derecha. Sonó el chasquido que indicaba que su llamada estaba transmitiéndose por el vacío hasta la lejana Tierra. La comunicación superlumínica era un regalo entregado a la Tierra como recompensa por la pifia diplomática más garrafal de toda su historia.

—Caramba, por fin me llamas —dijo una animada voz femenina en su oído.

Jason suspiró.

—¿Lanna?

—Ajá.

—¿No hay nadie más por ahí? —preguntó Jason.

—No, estoy solo yo.

—¿Y Aaron?

—Asignado con Riely —dijo Lanna—. Están investigando los laboratorios de la CLA en la plataforma Júpiter Diecisiete.

—¿Doran?

—De baja por maternidad. Te toca aguantarme a mí, viejales.

—No soy un viejales —repuso Jason—. La lanzadera acaba de llegar. Voy a establecer un enlace constante.

—Entendido —dijo Lanna.

Jason sintió que la nave se posaba en el atraque.

—¿Dónde está mi hotel?

—Queda bastante cerca de los muelles para lanzaderas —respondió Lanna—. Es el Regency Cuarto. Tienes reserva a nombre de Elton Flippenday.

Jason se quedó callado un momento.

—¿Elton Flippenday? —preguntó en tono inexpresivo mientras notaba que las abrazaderas de atraque hacían temblar la nave—. ¿Qué pasa con mi alias de siempre?

—¿John Smith? —replicó Lanna—. Demasiado aburrido, viejales.

—No es aburrido —dijo Jason—. Es discreto.

—Ya. Bueno, pues he visto piedras menos «discretas» que ese nombre. Es aburridísimo. Se supone que los agentes lleváis una vida emocionante y peligrosa, así que John Smith no te encaja.

«Va a ser una misión muy larga», pensó Jason.

Un leve zumbido en el compartimento le indicó que el atraque había concluido. Jason se levantó, recogió la única maleta que llevaba, se puso las gafas de sol y salió al pasillo. Sabía que las gafas quedaban raras, pero sus ojos ciegos tendían a poner nerviosa a la gente. Sobre todo cuando dicha gente se percataba de que era evidente que podía ver a pesar de sus pupilas desenfocadas.

—Bueno, ¿qué tal el viaje? —preguntó Lanna.

—Bien —respondió Jason con sequedad.

Cruzó el pasillo de la lanzadera e hizo un asentimiento agradecido al capitán. Dirigía una buena tripulación: en opinión de

Jason, toda tripulación que lo dejara en paz era buena.

—Venga, hombre —insistió Lanna en su oído—. No puedes dejarlo en un «bien». ¿Qué te han puesto de comer? ¿Has tenido algún problema con...?

Lanna siguió parloteando, pero Jason dejó de prestarle atención. Estaba concentrado en otra cosa, un leve gorjeo que había distinguido en la voz de Lanna. Duró menos de un segundo, pero Jason supo al instante lo que significaba. La línea estaba pinchada.

Aunque Lanna sin duda también lo había oído —era locuaz, pero ni por asomo incompetente—, siguió hablando como si no pasara nada. Esperaría a que Jason le diera la señal.

—¿Qué tal los chavales? —preguntó Jason.

—¿Mis sobrinos? —dijo Lanna, acusando recibo de la solicitud codificada sin perder el ritmo de la conversación—. El mayor está bien, pero el pequeño ha pillado la gripe.

El pequeño era el que estaba enfermo. Significaba que el pinchazo estaba en el lado de Jason, no en el de ella. «Interesante», pensó. Alguien había logrado acercarse lo suficiente para escanear su disco de control sin que Jason se diera cuenta.

Lanna se quedó callada. Estaba preparando un bloqueo para el pinchazo, pero no lo ejecutaría hasta que él lo ordenara. Jason no lo hizo.

Salió de la lanzadera y recorrió la corta pasarela hasta la terminal de llegadas. Ante él se extendía una serie de arcos de control para detectar armamento. Jason los cruzó sin preocuparse, porque no había escáner en el espacio humano capaz de descubrir sus armas. Saludó con un gesto de la cabeza y una sonrisa al pasar junto a un guardia, que olía un poco a tabaco y llevaba un uniforme azul que la mente de Jason captó como un ritmo palpitante. El guardia frunció el ceño al ver la insignia plateada de la CT en la solapa de Jason y lanzó una mirada suspicaz a la pantalla del escáner.

Jason se apartó a un lado mientras los demás pasajeros se ponían en fila ante el mostrador de registro y fingió que estaba

buscando su identificación. Bajó sus inútiles ojos y se quedó observándolos con su sentido. Casi todos vestían el ritmo suave del azul marino, el rugido del blanco o el silencio inmóvil del negro. No había ningún pasajero que destacara, pero de todos modos Jason memorizó las pautas de sus rostros. Quienquiera que le hubiese pinchado la línea debía de haber llegado con él en la lanzadera.

Cuando hubieron pasado todos, Jason fingió que encontraba su identificación, de las antiguas de plástico, no las nuevas tarjetas de holovídeo. Un agente de seguridad con aspecto cansado y olor a café le cogió la identificación y empezó a procesar sus documentos. Era joven y tenía la piel tintada de azul, siguiendo una de las tendencias de moda más recientes. Trabajaba despacio y los ojos de Jason se desviaron al holovídeo que había detrás del mostrador. Estaba reproduciendo un noticiario.

«... hallado asesinado en un edificio de incineración», estaba diciendo la presentadora.

Jason se irguió de golpe.

—Jason —dijo en su oído la voz de Lanna con tono apremiante—. Acaban de dar una cosa en las noticias. Ha habido un...

—Lo sé —la interrumpió Jason mientras recuperaba su identificación.

Salió corriendo del puesto de aduana hacia la calle.

El capitán Orson Ansed, del Departamento de Policía de Vísperas, caminaba con prisa por los suburbios de Cararriba. Aún le extrañaba que en Vísperas hubiera suburbios. Todos los edificios de la plataforma estaban hechos de costoso telanio, un metal plateado ultraligero que no se oxidaba ni se resquebrajaba. De hecho, la mayoría de los edificios estaban prefabricados junto con la plataforma y eran extensiones de su carcasa con forma de lámina. Los edificios estaban bien contruidos y eran espaciosos y elegantes.

Y aun así, había barrios bajos. Daba igual que la gente pobre de Vísperas viviera en casas que muchos terranos acaudalados no podrían permitirse. En términos comparativos seguían siendo pobres y, de algún modo, sus viviendas lo reflejaban. El barrio exudaba un aire de desesperanza. Sus edificios brillantes y modernos tenían cortinas raídas en las ventanas y ropa harapienta en las cuerdas de tender. Se veían muy pocos aerocoches y muchos peatones.

—Es por aquí, capitán —dijo un subordinado de Orson, señalando hacia un edificio.

Era una construcción larga y achaparrada, aunque, como todos los edificios de la plataforma, tenía otras estructuras contruidas encima. El agente, un novato llamado Ken Harris, llevó a Orson al interior, donde los asaltó un áspero olor a humo. El edificio era una planta incineradora para el reciclaje de material orgánico.

Había más agentes moviéndose por la penumbra de la sala. Al igual que casi todos los edificios de Vísperas, aquel estaba poco iluminado. La lejanía de Vísperas respecto al sol la mantenía en un estado de perpetuo crepúsculo y los habitantes de la plataforma se habían acostumbrado a vivir más a oscuras. La mayoría ponían la luz tenue incluso en sus casas. Esa costumbre había molestado a Orson al principio, pero ya casi ni se daba cuenta.

Varios agentes le hicieron el saludo reglamentario, que Orson descartó con un gesto impaciente.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó.

—Venga a ver, señor —dijo Harris, serpenteando entre la maquinaria hacia el fondo de la sala.

Orson fue tras él hasta que se detuvieron junto a un enorme incinerador. Tenía forma de cilindro tumbado, con la cara metálica lisa y oscura. Había un portillo abierto en la parte de abajo, que dejaba ver el polvo acumulado en la base. Entre los restos y la ceniza se distinguía un gran fragmento de caparazón, tiznado de negro por el calor.

Orson renegó en voz baja mientras se arrodillaba junto a la abertura. Dio unos golpecitos al caparazón con una vara de remover.

—Supongo que este es nuestro embajador desaparecido, ¿verdad?

—Eso creemos, señor —respondió Harris.

«Estupendo», pensó Orson con un suspiro. Los varvax habían estado preguntando por su embajador desde que le perdieran la pista dos semanas antes.

—¿Qué sabemos? —preguntó Orson.

—No mucho —dijo Harris—. Estos incineradores se vacían una vez al mes. El caparazón lleva ya tiempo dentro, porque apenas queda nada. Si hubiéramos llegado más tarde, ni siquiera lo habríamos encontrado.

«Casi sería preferible así», pensó Orson.

—¿Qué registró la red de sensores?

—Nada —respondió Harris.

—¿La prensa se ha enterado? —preguntó Orson esperanzado.

—Me temo que sí, señor. El operario que encontró el cuerpo filtró la información.

Orson suspiró de nuevo.

—Muy bien, pues entonces...

Dejó la frase en el aire. Había una figura silueteada en el umbral de la puerta abierta del edificio, alguien sin uniforme policial. Orson maldijo entre dientes, levantándose. Los agentes apostados en el exterior tenían orden de no dejar pasar a la prensa.

—Disculpe —dijo Orson, caminando hacia el intruso—, pero esta zona está restringida. No puede...

El hombre no le hizo caso. Era alto y delgado, con la cara triangular y el pelo moreno muy corto. Llevaba un sencillo traje negro, un poco anticuado, pero que por lo demás no destacaba en nada, y gafas oscuras. Pasó rozando a Orson con un aire de desinterés.

Orson estiró el brazo para agarrar al insolente desconocido, pero entonces se detuvo. El hombre llevaba una reluciente insignia en la solapa, con forma de campanilla plateada.

«¿Cómo es posible? —pensó Orson, asombrado—. ¿Cuándo ha llegado aquí un agente de la CT? ¿Cómo lo han sabido?». Pero esas preguntas no importaban demasiado: fueran cuales fuesen sus respuestas, una cosa estaba clara. La jurisdicción de Orson terminaba allí mismo.

Había llegado la Compañía Telefónica.

El suceso había tenido lugar por fin ciento cuarenta años antes, en 2071. Por extraño que pareciera, quien había hecho el primer contacto fue una empresa telefónica anticuada y casi en la ruina.

Northern Bell Incorporated había estado en el bando perdedor del progreso tecnológico. Mientras su competencia investigaba y desplegaba la tecnología de holovideo, Northern Bell había intentado algo un poco más atrevido: el enlace telepático basado en la cibernética.

La cito, como la habían apodado, resultó ser un fracaso. La tecnología de holovideo no solo era más barata y estable, sino que además funcionaba. La cito no había funcionado, o por lo menos no como esperaba Northern Bell. En los últimos días antes de su inminente bancarrota, la empresa había logrado al fin hacer pasar unos pocos sonidos por el sistema. Esos sonidos, que no impresionaron mucho a los controladores humanos, también se proyectaron sin que ellos lo supieran a través del espacio, y terminaron llegando a unos seres conocidos como los tenasi. La respuesta que enviaron los tenasi fue el primer contacto con una especie alienígena que la Tierra había conocido jamás.

El segundo contacto lo estableció el ejército de Gobiernos Unidos cuando derribó por accidente una nave diplomática tenasi. Pero esa era otra historia muy distinta, claro.

—¿Llevaba dos semanas desaparecido? —preguntó Jason, arrodillándose ante el caparazón quemado. El silencio en su mente indicaba un ominoso color negro.

—Sí, señor —dijo el oficial.

—Ajá —dijo Lanna casi a la vez.

—¿Por qué no se me informó de esto? —preguntó Jason.

El oficial pareció confundido un momento antes de comprender que Jason no estaba hablando con él. Los aurielaces eran un elemento muy común, aunque algo desconcertante, de la vida moderna.

—Pensaba que ya estabas al tanto, viejales —dijo Lanna—. ¿Sabes, Jason? Para ser un espía sabelotodo, estás muy desinformado.

Jason gruñó y se levantó. Lanna tenía razón: Jason debería haber echado un ojo a las noticias de Vísperas durante el viaje. Pero ya era demasiado tarde.

El oficial se quedó mirando a Jason con frialdad. Las emociones del hombre eran fáciles de leer. No mediante el uso de sus sentidos cito, aunque la gente supusiera equivocadamente que los psiónicos eran telépatas. No, Jason podía interpretar las emociones del oficial porque estaba acostumbrado a tratar con los cuerpos policiales allá donde iba. El oficial se sentiría molesto con él por interferir en su investigación. Pero al mismo tiempo estaría aliviado. Las fuerzas de la ley siempre se veían abrumadas cuando tenían que ocuparse de otras especies. Los alienígenas eran jurisdicción de la Compañía Telefónica. La CT era quien había establecido el primer contacto, y quien había sacado de apuros a la Tierra negociando después del incidente con los tenasi. La CT había llevado la comunicación superlumínica a la humanidad.

Así que el oficial que miraba a Jason estaba enfurruñado pero también agradecido. Jason oía a los demás agentes murmurar desde las paredes de la sala, furiosos por su intromisión. «Dichosa CT, ¿se puede saber qué hace aquí?». «¿Te has fijado en cómo nos mira?». «No ves nada, ¿verdad? ¿Qué tienes delante de la cara?». «¿No será mi puño? ¿Lo verás venir si te atizo? A lo mejor así aprendes a...».

—¿Jason? —sonó la voz de Lanna en su oído.

Jason volvió en sí de golpe, contrajo los músculos, notó que se evaporaban los recuerdos. Seguía arrodillado junto al incinerador. El oficial aún estaba de pie mirándolo, la sala seguía apestando a humo y todavía se oía a los reporteros discutir con los agentes fuera del edificio.

—Estoy bien —susurró Jason.

Se levantó, se sacudió el polvo del traje y siguió escuchando a los periodistas. Al igual que los policías, darían por sentado que había llegado a la plataforma con el objetivo de investigar la muerte del embajador. No se pararían a pensar que la lanzadera de Jason había partido en dirección a Vísperas más de un mes antes del asesinato. Para ellos, había muerto un alienígena y acababa de llegar un agente de la CT. Blanco y en botella.

—No debería haber venido al escenario del crimen —masculló Jason.

—¿Y qué ibas a hacer si no? —replicó Lanna—. Es nuestro deber, al fin y al cabo.

—El mío no —dijo Jason—. Yo estoy aquí para encontrar a una científica desaparecida, no para investigar un asesinato. —Siguió hablando en voz más alta—. Estoy seguro de que la policía de Vísperas es más que competente. Que lo investiguen ellos y la CT se ocupará de las negociaciones diplomáticas.

El capitán puso cara de sorpresa. Pero, en apariencia no sabiendo muy bien qué otra cosa hacer, lo saludó llevándose la mano a la frente. Jason asintió y se volvió para marcharse.

—Tampoco es que las «negociaciones diplomáticas» vayan a ser muy complicadas —comentó Lanna—. Los varvax son tan rematadamente mansos que seguro que acaban disculpándose por las molestias causadas al asesino.

—Sí que son todos así —dijo Jason, saliendo por la puerta principal del edificio—. Y ahí está el problema, ¿verdad?

Hubo un momento de sorprendido silencio cuando los periodistas congregados se dieron cuenta de quién era Jason. Rodeaban a un grupito de policías acosados y el revuelo estaba atrayendo una muchedumbre de curiosos. Entonces los reporteros estallaron en preguntas. Jason les hizo caso omiso y se abrió camino entre la multitud. Tenía la cabeza gacha y la mano alzada para dar a entender que no iba a hacer declaraciones. Entretanto, estaba mirando con la mente.

Estudió el gentío, internándose a través del zumbido y el palpito de los colores. Escrutó hasta el último rostro y los comparó con los que tenía memorizados. Sus labios se curvaron en una leve sonrisa cuando encontró lo que buscaba. La prensa dejó que se marchara, acostumbrada a que la CT nunca les diera ninguna respuesta. A su espalda, Jason oyó a los reporteros emitiendo segmentos de vídeo en directo. No acertaban ni en un solo dato, por supuesto. Había miedo en sus voces, un temor a lo que no comprendían, un temor a las represalias que podrían llegar. En su mundo, las represalias se daban por hechas. En su mundo, la gente hacía daño a lo que era más débil que ella.

Jason siguió andando con la cabeza agachada. Por detrás de él, un hombre se desgajó del grupo de mirones y vagó en su dirección, esforzándose por pasar desapercibido.

—Ojalá hubiera más flores —dijo Jason.

Un segundo más tarde sonó un chasquido en su oído. Entonces Lanna suspiró.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó en tono molesto—. Llevaba esperando a que dieras la orden desde que has bajado de la lanzadera. No me hace ninguna gracia saber que tenemos un intruso en la línea.

Jason siguió con su andar relajado. Su perseguidor iba tras él, con la habilidad de alguien bien entrenado, pero cometiendo todavía errores de novato. Mantenía el paso regular, así que lo más probable era que no hubiese notado el cambio. En esos momentos estaría escuchando una conversación falsa entre Lanna y Jason. Por algún motivo, Jason sospechaba que no le interesaba saber qué clase de bobadas estaría diciendo la versión artificial de su voz creada por Lanna.

—¿Ha colado? —preguntó Lanna.

—Creo que sí —dijo Jason, saliendo de los suburbios—. Aún me sigue.

—¿Para quién crees que trabaja?

—Todavía no estoy seguro.

Jason dobló una esquina y bajó por la escalera de una estación de aerotrén. El hombre lo siguió.

—Si has tardado tan poco en pillarlo, no debe de ser muy bueno.

—Es joven —dijo Jason—. Sabe lo que debe hacer, pero no cómo hacerlo.

—Será periodista —aventuró Lanna.

—No. Va demasiado bien equipado. Recuerda que ha podido interceptar una comunicación superlumínica segura.

—¿Trabajaré para alguna empresa?

—Puede —dijo Jason.

Entró en una cafetería subterránea. Olía a mugre, moho y café. Su seguidor esperó un momento antes de entrar también y ocupar una mesa a una distancia discreta de Jason, que estaba pidiendo un café.

—Aún no hemos hablado de cómo pudo ingeniárselas para escanear tu disco —le recordó Lanna—. Estás perdiendo facultades, viejales.

—No soy un viejales —masculló Jason mientras la camarera le traía el café.

Olía a leche, aunque Jason lo había pedido solo. Volvió sus ojos ciegos hacia un periódico que alguien se había dejado en la mesa, pero estudió a su seguidor con la mente. En efecto, el hombre era joven, de veintipocos años. Iba vestido con una tenue vibración gris y marrón.

—A ver —dijo Lanna—. ¿Quieres intentar enviarme su imagen para que lo investigue?

Jason pensó un momento.

—No —respondió después, dando un sorbo al café. Tenía demasiada leche, con toda probabilidad un intento de enmascarar lo malo que estaba.

—¿Y qué vas a hacer, entonces?

—Ten un poco de paciencia —la reprendió Jason.

Coln Abrams probó el café y pensó que le faltaba leche. No dejaba de recordarse a sí mismo que no debía mirar a su objetivo. En realidad, Coln no necesitaba ver al hombre para escuchar la conversación, sino solo mantenerse dentro del alcance.

«¿Para qué has venido, Write? —se preguntó Coln, frustrado—. ¿Cómo sabías que iban a matar al embajador? ¿Qué tiene que ver todo esto con tus planes?».

Coln negó con la cabeza. Jason Write, agente jefe de la Compañía Telefónica Northern Bell y una de las personas más enigmáticas de todo el sistema solar. ¿Qué estaba haciendo en Vísperas? La Oficina de Inteligencia de Gobiernos Unidos sabía mucho sobre aquel hombre, pero por cada dato conocido parecían faltarles otros dos.

Por ejemplo, estaba el Acuerdo Tenasi. Coln había leído el documento un centenar de veces, había visto los holovideos, repasado las crónicas, estudiado los viejos boletines informativos relacionados con el incidente tenasi una y otra vez. El ejército de Gobiernos Unidos había derribado por accidente una nave diplomática tenasi, en lo que había sido un primer contacto más bien vergonzoso. La Tierra se había sumido en un caos de desconcierto y preocupación. ¿Los tenasi pretendían invadir el planeta? ¿Lo harían después de que la Tierra cometiera un error tan grave?

Entonces había intervenido la CT. De algún modo, empleando unos medios que aún no habían revelado al público, se habían comunicado con los tenasi. La CT había llevado la paz a la Tierra. Pero a cambio, la empresa había exigido un alto precio. A partir de ese momento, la CT se volvió autónoma por completo: exenta de impuestos, incuestionable y absolutamente por encima de la ley. Además, la CT había obtenido los derechos exclusivos sobre la tecnología de comunicación superlumínica de los alienígenas. Y gracias a esas dos concesiones, la CT había pasado a ser la fuerza más poderosa y arrogante del sistema.

Coln aferraba con fuerza la taza de café y apenas se percató cuando la camarera le trajo el bocadillo. Seguía escuchando la conversación entre Write y su agente de apoyo en la base. Hablaban de cuáles eran los colores más bonitos en las rosas.

Coln nunca había confiado en la CT y le disgustaba todo lo que no fuese de fiar. La CT había medrado gracias a los tratados que fue firmando y tenía contratos en exclusiva con las doce especies alienígenas que la humanidad había conocido hasta la fecha. Ninguna de ellas se prestaba a tener tratos con la Tierra a menos que pasaran antes por la CT. La empresa tenía a la humanidad retenida en el espacio al negarse a compartir la tecnología de los viajes superlumínicos. Afirmaban que los alienígenas aún no se la habían revelado, pero Coln sospechaba que la verdad era muy distinta. Los alienígenas podían desplazarse por encima de la velocidad de la luz, eso era evidente. Lo que pasaba era que la CT había decidido guardarse la tecnología en vez de compartirla con la humanidad, y eso enfurecía a Coln. Quería descubrir cómo...

Se quedó muy quieto. La conversación que escuchaba se había interrumpido a mitad de frase. Durante un momento de pánico, Coln temió que Write se hubiera escabullido de la cafetería y estuviese fuera de alcance.

Los ojos de Coln recorrieron frenéticos el local. Vio con alivio que Write seguía en su reservado, bebiendo café en silencio. La conversación había cesado por el momento, nada más.

—¿Qué crees que hará cuando se dé cuenta de que sabemos que te sigue? —oyó Coln que preguntaba la agente de apoyo en base, Lanna.

Volvió a quedarse muy quieto.

—No lo sé. —La voz de Jason sonaba firme. Arrogante. Coln veía los labios de Write moverse al hablar—. Sospecho que estará sorprendido. Es joven, así que se cree mejor de lo que es en realidad.

Write alzó la cabeza y sus gafas de sol apuntaron directamente al rostro de Coln. Notó que se le inundaba el pecho de horror,

emoción a la que siguió al instante la vergüenza. Lo habían descubierto.

—Ven aquí, chaval —ordenó Write al oído de Coln.

Coln lanzó una mirada hacia la puerta. Seguro que aún podía huir y...

—Si te marchas —dijo Write con voz seca y adusta—, nunca descubrirás qué estoy haciendo en Vísperas.

Coln miró al hombre, indeciso. ¿Qué debía hacer? ¿Por qué no le habían enseñado nunca a reaccionar a situaciones como aquella? Cuando descubrían a un agente, se suponía que debía retirarse. Pero ¿qué pasaba si el objetivo parecía dispuesto a hablar con él?

Muy despacio, Coln se levantó y cruzó el sucio suelo de la cafetería. Las gafas de sol de Write lo observaron en silencio. Coln se quedó un momento de pie junto a la mesa de Write y luego se sentó envarado.

«No reveles nada —se advirtió a sí mismo—. Que no sepa que trabajas para la...».

—Eres muy joven para ser agente de la OIGU —dijo Write.

Coln suspiró para sus adentros. «Ya lo sabe. ¿En qué me he metido? ¿En qué he metido a la oficina?».

—No me lo explico —dijo Write, y dio un sorbo al café—. ¿Ahora la oficina confía más en sus agentes jóvenes o es solo que estoy bajando en prioridad?

«¡No lo sabe! —comprendió Coln, sorprendido—. Cree que estoy aquí en misión oficial».

—Ninguna de las dos cosas —respondió Coln, pensando deprisa—. No estábamos dispuestos a dejarle a sus anchas. Yo era el único agente de campo desocupado en estos momentos. Ha sido mala suerte, nada más.

Write asintió con la cabeza.

«¡Se lo ha creído!».

—Debo decir que empiezo a hartarme de la OIGU —repuso Write, dejando la taza en la mesa—. Cada vez que creo que vais a dejarme en paz, descubro que volvéis a seguirme.

—Si la CT no fuese tan poco de fiar —dijo Coln—, sus agentes no tendrían que preocuparse de que los siguieran.

—Si la oficina no fuese tan mala investigando —replicó Write—, ya se habría percatado de que la CT es la única empresa en la que puede confiar.

Coln se sonrojó.

—¿Va a decirme alguna cosa útil o solo seguirá insultándome?

—Alguien listo se daría cuenta de que mis insultos contienen la información más útil que es probable que reciba —dijo Write.

Coln dio un bufido y se levantó del asiento. Write lo había invitado a su mesa para regodearse y Coln había echado a perder su carrera para nada. Qué seguro había estado de que podía seguir a Write, descubrir qué estaba haciendo allí, averiguar la verdad sobre el Acuerdo Tenasi.

—Puedes acompañarme —dijo Write, y apuró la taza de café.

Coln se detuvo a medio paso.

—¿Qué?

Write dejó la taza en la mesa.

—¿Quieres saber qué estoy haciendo? Muy bien, puedes venir conmigo. A lo mejor así por fin acabamos con las absurdas sospechas de la OIGU. Estoy harto de que me sigan.

—Jason —dijo Lanna a Write por el comunicador—. ¿Estás seguro de...?

—No —la interrumpió Write—. En absoluto. Pero ahora mismo no tengo tiempo de preocuparme por la OIGU. Es una misión sencilla, así que el chaval puede acompañarme si quiere.

Coln se había quedado patidifuso. No lograba decidirse. ¿Podía confiar de verdad en un agente de la CT? No, desde luego que no. Pero ¿y si averiguaba alguna cosa importante?

—Esto...

—Calla —dijo de pronto Write, levantando una mano.

Coln frunció el ceño. Pero Write no estaba mirándolo a él. Miraba hacia delante, con el rostro confuso.

«¿Qué pasa ahora?», se preguntó Coln.

Algo iba mal. Jason registró el local con la mente, intentando sentir qué le provocaba aquella inquietud. Había como otra docena de clientes en la cafetería, todos comiendo en silencio. La mayoría iban vestidos con ropa de trabajador, franela y tela vaquera que hacían palpar una sinfonía irregular en la mente de Jason. Estudió sus caras y no reconoció ninguna. ¿Qué estaba pasando?

Una ráfaga de balas atravesó la ventana de la cafetería justo al lado de Jason. Llegaban demasiado deprisa, a la increíble velocidad del armamento moderno, para que su cuerpo pudiera reaccionar y esquivarlas.

Pero por muy rápidas que fuesen las balas, la mente de Jason lo era más. Dio un fuerte latigazo y una docena de invisibles hojas mentales surcaron el aire. La potencia de su ataque envió las balas hacia atrás además de partirlas todas en dos. Se oyó una sucesión de chasquidos cuando los pedazos rebotaron en la ventana y cayeron al suelo de la cafetería. Se hizo el silencio.

El chaval de la OIGU se dejó caer en su asiento, mirando horrorizado los agujeros de la ventana.

—¿Jason? —dijo Lanna en tono apremiante—. Jason, ¿qué ha pasado?

Jason tanteó mentalmente fuera de la ventana, pero el francotirador ya había desaparecido.

—No lo sé.

—¿Te han disparado? —preguntó Lanna, preocupada.

Jason contempló los agujeros de bala en el cristal. Formaban un pequeño círculo en la ventana justo al lado de la cabeza del chaval de la OIGU.

—No —dijo—. Querían matar al chico.

Los clientes de la cafetería habían entrado en pánico, algunos gritando, otros buscando cobertura detrás de bancos. El chaval se miraba la ropa sorprendido, como si le resultara increíble seguir con vida.

—Han fallado todas —susurró asombrado.

Jason frunció el ceño. ¿Por qué querría alguien matar a un agente de la Oficina de Inteligencia? ¿Por qué no centrarse en Jason? La CT era una amenaza mucho más peligrosa.

—¿Cómo has dejado que se te acerquen tanto? —preguntó Lanna.

—No esperaba que me disparasen. Se suponía que esta era una misión sencilla. —Se volvió hacia el chico e hizo un gesto con la cabeza—. Vámonos.

El joven alzó la mirada, sorprendido.

—¿Han intentado matarme! ¿Por qué?

—No estoy seguro —respondió Jason.

Recorrió el local con su sentido una última vez, memorizando rostros. Al hacerlo, reparó en algo. Aunque la mayoría de los presentes estaban escondidos o temblando de miedo, había uno que no parecía preocupado en absoluto. Era una figura solitaria, sentada en silencio al fondo de la cafetería. Un hombre anodino de nariz larga y cuerpo esbelto. Observaba a Jason con interés en los ojos, unos ojos que parecían un poco desenfocados. Casi como si...

«¡Imposible!», pensó Jason. Y entonces, sin molestarse en comprobar si el chaval de la OIGU iba tras él, salió de la cafetería.

—Debe aceptar las disculpas de nosotros —insistió Sonn.

Las palabras del ministro de Asuntos Exteriores varvax llegaban a través de un programa de traducción, por supuesto, ya que el idioma varvax consistía en chasquidos acompañados de gestos con las manos. La figura del holovideo era enorme y aparatosa, con una piel que vibraba en tonos de cuarzo y granito. Aquello, por supuesto, era solo el exoesqueleto: en realidad los varvax eran criaturas pequeñas que flotaban en un baño de nutrientes contenido en sus cascarones inorgánicos.

—Escúcheme, Sonn —dijo Jason, reclinándose en la silla—, aquí la víctima es el pueblo varvax. Han asesinado a su embajador.

Sonn movió una mano con forma de garra en señal de negación.

—Debe comprender que él conocía los riesgos que entraña vivir en una sociedad subdesarrollada. A las criaturas de inteligencia inferior no se las puede hacer responsables de sus actos de barbarie. Aún no han aprendido una manera mejor de comportarse.

Jason sonrió para sus adentros. Los comentarios como aquel eran lo que granjeaba a los varvax, y a la mayoría de las demás especies alienígenas, la repulsa de la humanidad. No importaba que sus afirmaciones fuesen certeras, y de hecho la verdad que encerraban sus palabras solo servía para enfurecer más a la especie humana.

—Les devolveremos lo que queda del cuerpo cuanto antes, ministro Sonn —prometió Jason.

—Gracias, Jason de la Compañía Telefónica. Por favor, dígame, ¿cómo van sus intentos de civilización? ¿Alcanzará pronto su pueblo la inteligencia primaria?

—Aún llevará un tiempo, ministro Sonn —respondió Jason.

—Son ustedes un pueblo interesante, Jason de la Compañía Telefónica —dijo Sonn, alzando las zarpas por delante en gesto de súplica.

—Puede seguir hablando.

—Existe una gran disparidad entre los miembros de su especie —dijo Sonn—. Algunos son de inteligencia primaria, otros de terciaria o incluso de cuaternaria. Cuánta variedad. Dígame, por favor, ¿su pueblo sigue convencido del poder de la tecnología?

Jason se encogió de hombros exagerando el ademán. A los varvax les gustaba observar e interpretar los gestos humanos.

—La humanidad cree en la tecnología, ministro Sonn. Será muy difícil que acepten otra manera de hacer las cosas.

—Como usted diga, Jason de la Compañía Telefónica. Volveremos a hablar más adelante.

—Volveremos a hablar —convino Jason, y apagó el holovideo.

Se quedó un momento sentado, sintiendo la estancia a su alrededor. Ya no podía relajarse por completo, y lo añoraba. Si permitía que le fallara la concentración, la oscuridad se abalanzaría sobre él.

—Sí que tienen confianza, ¿eh? —dijo Lanna a través del comunicador en su oído.

—Y con razón —respondió Jason—. Las cosas siempre han sucedido como ellos esperan. Las especies descubren el transporte citónico superlumínico al mismo tiempo que alcanzan la paz como civilización.

—No deberían ser tan ingenuos —dijo Lanna—. Una parte de mí casi desearía tener a tres diplomáticos varvax, una mesa para jugar a las cartas y un montón de tecnologías «inútiles» que poder sacarles haciendo trampas.

—Ahí está el problema —repuso Jason—. En que todos pensamos un poco así.

—¿Y si se equivocan, Jason? —preguntó Lanna—. ¿Y si obtenemos el viaje superlumínico antes de «civilizarnos»?

Jason no respondió, porque no conocía la respuesta.

—He investigado al chico —informó Lanna.

—Adelante —dijo Jason, levantándose y recogiendo sus cosas.

El ataque del día anterior aún lo tenía preocupado. ¿Había sido un intento de asustar a Jason? Y en caso afirmativo, ¿para impedirle

hacer qué?

—El día en que partiste, un joven agente de la OIGU llamado Coln Abrams desapareció del puesto de entrenamiento de la oficina en Júpiter Catorce —explicó Lanna—. Robó un equipo de vigilancia bastante avanzado. La OIGU ha emitido unas cuantas órdenes de captura contra él, pero de momento aún no lo buscan tan lejos. Por lo visto, no esperaban que pudiera llegar a Vísperas.

—Tampoco es que sea muy buen destino turístico —dijo Jason, paseando hasta la ventana e intentando imaginar qué aspecto tendría la ciudad para unos ojos normales.

Sería oscura, decidió, porque la mayor parte de ella no vibraba mucho en su mente. Oscura y alta y agobiante, como una ciudad compuesta solo de callejones. La iluminación era escasa e insuficiente y el aire siempre olía a rancio. Además, parecía estar siempre unos pocos grados por debajo de la temperatura estándar, como si el vacío del espacio se cerniera sobre ella más cerca, más amenazador, de como lo hacía en realidad.

—Así que tenemos a un criminal en busca y captura —dijo Lanna—. ¿No deberíamos entregarlo?

—No —contestó Jason, apartándose de la ventana. Se puso la chaqueta del traje y las gafas oscuras.

—Venga, vamos a entregarlo —insistió Lanna—. De hecho, no me extrañaría que fuese la OIGU quien intentó matarlo ayer.

—No trabajan así —respondió Jason, yendo hacia la puerta—. ¿Tienes mis autorizaciones en regla?

—Sí —dijo Lanna.

—Muy bien. Vuelve a conectar al chico y vamos para allá.

La imagen era borrosa y estaba mal expuesta. Por desgracia, era la mejor que tenía. Coln rodeó la holoimagen, estudiándola como había hecho ya otros centenares de veces. Tenía la respuesta delante de sus narices, podía sentirlo. Aquella imagen contenía un secreto. Y sin embargo, Coln, como otros miles de personas, era incapaz de determinar cuál podía ser ese secreto.

La imagen la había tomado el único espía que había logrado infiltrarse en el cuartel general de la CT. En ella aparecía una sencilla sala blanca con la pared del fondo cubierta de aparatos. Ese dispositivo, fuera lo que fuese, alimentaba todas las comunicaciones superlumínicas de la humanidad entera.

Era el secreto más importante de la era moderna. La humanidad llevaba ya casi dos siglos intentando acabar con el monopolio que ejercía la CT sobre la comunicación superlumínica. Por desgracia, por mucho que investigaran, no habían logrado reproducir la extraña tecnología de la CT y, hasta que alguien lo hiciera, el ser humano seguiría endeudado con un tirano.

«¡Tiene que estar ahí! —pensó Coln sin dejar de mirar la tenaz imagen. Siguió rodeándola para poder mirarla desde distintos ángulos—. Ojalá no fuera tan borrosa». Se concentró en la holoimagen. Había un guardia de seguridad sentado contra la pared derecha de la sala, mirando hacia el fotógrafo. Parecía haber varios salientes cilíndricos en la pared del fondo. ¿Algún tipo de transmisores? Uno era más grande que el resto y de un color más oscuro. ¿Sería la respuesta?

Coln suspiró. Muchas mentes con conocimientos tecnológicos muy superiores a los suyos habían tratado de diseccionar la imagen, pero ninguna de ellas había logrado extraerle ninguna conclusión definitiva. Era demasiado borrosa para servir de mucho, sin más. Coln llevaba toda la mañana intentando comprender por qué alguien intentaba matarlo. Solo había conseguido llegar a una hipótesis: que por alguna razón, Write había ordenado su asesinato. Había sido el

agente de la CT quien había obligado a Coln a sentarse con él, en el asiento hacia el que había disparado el asesino. Así que aquello debía de ser cosa de la CT, aunque Coln no supiera el motivo. «Pero el asesino falló. Tuvo que ser a propósito. Write quería meterme miedo —pensó—. Fingió que le daba igual que lo siguiera y luego intentó asustarme». Coln asintió. Tenía sentido, a la manera retorcida en que solía operar la CT. Y si Write no quería tenerlo encima, Coln debería asegurarse de no perderlo.

—Despierta, chaval —crepitó de pronto la voz de Lanna en su oído.

—Estoy despierto —respondió Coln.

Se indignó por la referencia a su edad, ya que veintitrés años eran demasiados para que se refiriesen a él como «chaval». Pero en fin, por lo menos habían dejado de suministrarle conversaciones falsas y, cuando no querían que escuchara, lo sacaban de la línea y punto.

—El jefe va a salir —dijo Lanna con su voz impertinente. Coln empezaba a preguntarse por qué la soportaría Write—. Dice que puedes ir con él, pero solo si le mantienes el ritmo.

Coln soltó una palabrota y se puso la chaqueta a toda prisa.

—Por cierto, Coln —añadió Lanna—, procura no robarle nada. Jason tiene bastante aprecio a su equipo.

Coln se ruborizó. ¿Cuánto sabían sobre él?

Salió deprisa al pasillo, justo a tiempo de ver que Write y su traje negro doblaban una esquina. Echó a correr y alcanzó al agente, que apenas reaccionó a su presencia. Caminaron sin hablar hasta el final del pasillo y bajaron en el ascensor privado al vestíbulo del hotel. Las lujosas alfombras y el mobiliario caro reforzaban la impresión de que, en efecto, estaban muy lejos del barrio pobre del día anterior.

—Bueno, ¿y cuál es? —preguntó Coln mientras salían a la calle de plateado telanio, mal iluminada como de costumbre, aunque se veían centenares de luces en las ventanas y los letreros. Vísperas estaba a oscuras, pero nunca dormía.

—¿Cuál es qué? —replicó Write mientras un aerotaxi aparcaba delante del hotel, sin duda encargado unos minutos antes.

—¿Cuál es su propósito aquí, Write? —Coln subió al asiento trasero del aerotaxi junto al agente—. Usted ya sabía algo sobre la muerte del embajador, ¿me equivoco?

—Te equivocas —dijo Write mientras el aerotaxi empezaba a moverse—. El asesinato del embajador ha sido una coincidencia.

Coln enarcó una ceja, escéptico.

—Puedes creerme o no, me da igual.

—Entonces ¿a qué ha venido? —preguntó Coln.

Write suspiró.

—Cuéntaselo tú.

—Ocurrió hace poco menos de dos meses, chaval —dijo Lanna—. Una científica llamada Denise Carlson desapareció del centro de investigación que tiene la CT en Vísperas.

Coln se concentró en repasar sus recuerdos. Siempre se fijaba en todo lo que descubría la OIGU sobre la Compañía Telefónica. Y sí que le sonaba algo de una científica desaparecida, pero no le había dado mucha importancia.

—Según nuestros informes, solo era ayudante de laboratorio —objetó—. La delegación local de la CT apenas se preocupó de su desaparición. Dijeron que había sido víctima de un atraco callejero.

—Bueno, al menos hay alguien que sí presta atención a los acontecimientos —comentó Lanna.

Write dio un bufido.

—Puede que preste atención, pero debería haber pensado que cualquier noticia a la que quitemos hierro es muchísimo más importante de lo que parece.

Coln se sonrojó.

—Entonces ¿su misión es encontrar a esa tal Denise Carlson?

—Te equivocas otra vez —respondió Lanna—. Partió de la base con ese objetivo, pero su misión ha cambiado. Mientras Jason estaba en tránsito, localizamos a la señorita Carlson. Hace poco menos de dos semanas, la policía detuvo a una mujer que encajaba

con su descripción. Le diagnosticaron diversos problemas mentales y la internaron en un hospital psiquiátrico de Vísperas.

—Así que... —dijo Coln.

—Así que estoy aquí para recogerla —dijo Write—. Nada más. Vamos a llevárnosla a Júpiter Catorce para que reciba el tratamiento adecuado. Mi papel aquí es el de un simple transportista. —Write compuso una leve sonrisa y volvió sus gafas oscuras hacia Coln—. Por eso estoy dispuesto a dejar que vengas conmigo. Has sacrificado tu carrera para poder observar cómo acompaño a una paciente psiquiátrica.

Jason entró a zancadas en el hospital, con un deprimido Coln pisándole los talones. El chico no dejaba de hacer preguntas, convencido de que los actos de Jason tenían algún propósito mayor en los «planes maestros» de la CT. Jason empezaba a lamentar haberlo llevado consigo; lo último que necesitaba era otra persona parloteando sin parar.

La enfermera de recepción alzó la mirada, sorprendida por su presencia, y desvió los ojos un instante a la insignia plateada que Jason llevaba en la solapa.

—¿Señor Flippenday? —preguntó.

La mención de aquel horroroso apellido hizo que Jason se quedara callado un momento.

—Soy yo. Lléveme con la paciente.

La enfermera asintió, dejó a una compañera en su puesto e indicó a Jason que la siguiera. Iba vestida de blanco, un color rugiente y estruendoso. Para mucha otra gente el blanco era un color neutral, pero para Jason era con mucho la opción más chillona. Prefería el sutil zumbido del gris. Las paredes también eran blancas y los pasillos olían a productos de limpieza.

«¿Por qué será? —se preguntó Jason, haciendo una leve negación de cabeza—. ¿Creen que así los pacientes se sentirán más a gusto? ¿Rodeados de una esterilidad inerte y un blanco monótono? A lo mejor lo que necesita esta gente para recobrar la cordura es un poquito de color».

La enfermera los llevó a una habitación sencilla cerrada con llave, en teoría para garantizar la seguridad de la paciente.

—Me alegro de que por fin se hayan dignado a venir —dijo la enfermera con cierto tono de reprimenda en la voz—. Ya hace semanas que nos pusimos en contacto con la CT, y desde entonces la pobre mujer está aquí esperando. Al no tener parientes en la plataforma, cabría suponer que ustedes iban a...

Se interrumpió al advertir que Jason se había vuelto hacia ella. Tras perder la vista, Jason había terminado dándose cuenta de que expresar el desagrado con la pose tenía la misma efectividad que hacerlo con los ojos. Observó sin ver a la enfermera y sintió que la mujer flaqueaba, que su semblante perdía aquella expresión de reproche.

—Ya es suficiente —se limitó a decir Jason.

—Sí, señor —farfulló la enfermera, aunque le lanzó una mirada rencorosa mientras abría la puerta.

Jason entró en la sala, pequeña y austera. Denise estaba sentada junto a una mesa, el único mobiliario de la habitación aparte de una cama y una cómoda. Miró a Jason con los ojos muy abiertos. Tenía más o menos el mismo aspecto que en el holovideo, delgada, con el pelo moreno corto y rizado, vestida con una falda y una blusa muy sencillas.

Jason había tratado con ella varias veces, porque Denise había mostrado dones para la cito y estaba a medio entrenar. Antes era una mujer directa y calculadora. En esos momentos parecía una ardilla joven que aún no había aprendido a temer a los depredadores.

—Ya me dijeron que vendría —susurró Denise, como si le costara componer las palabras—. ¿Usted sabe quién soy?

Jason miró a la enfermera.

—Padece amnesia —explicó la mujer—, aunque no hemos podido establecer ninguna causa física. También tiene algún tipo de problema muscular. Le cuesta mantener el equilibrio y controlar las extremidades.

Denise confirmó la observación al levantarse muy despacio. Se tambaleó un poco mientras daba un paso adelante, aunque logró seguir de pie.

—Ha hecho muchos progresos —añadió la enfermera—. Ahora ya puede andar si no se mueve muy deprisa.

—Denise, te vienes conmigo —dijo Jason—. Abrams, ayúdala a caminar.

El chico alzó la mirada, sorprendido. Jason, sin darle tiempo a protestar, se volvió y salió de la habitación con paso firme. Abrams susurró una maldición, pero obedeció tendiendo un brazo a Denise y acompañándola de vuelta al vestíbulo.

Ya casi habían salido del hospital cuando Jason reparó en algo. No habría podido percibirlo sin su sentido, porque el hombre estaba escondido detrás de una puerta y apenas asomaba un ojo para mirar. Sin embargo, el sentido era mucho más agudo que los ojos normales y Jason pudo identificar su rostro incluso a través de la estrecha rendija que dejaba la puerta casi cerrada. Había estado en la cafetería el día anterior. No era el hombre extraño del reservado, sino un trabajador normal y corriente.

«Así que la tenían vigilada —pensó Jason mientras salía del edificio, seguido por Denise y el chaval—. ¿Esperaban que les revelara algo o sabían que vendría yo a llevármela?».

—No sé qué significa nada de esto —dijo Denise, mirando el menú con los ojos como platos. Alzó la vista, confundida.

—¿No sabes leer? —preguntó Jason.

—No —respondió ella.

—Deja, yo te ayudo —se ofreció Abrams, y empezó a leer la lista de comidas.

Jason se acomodó en el asiento y se permitió una leve sonrisa. El chico estaba mostrando una devoción casi caballeresca por la joven amnésica. La mujer tenía un atractivo bastante pasable, aunque algo inocente y enfermizo. Abrams estaba dejándose dominar por la predisposición inherente a todo joven varón humano: tenía delante a una mujer necesitada e intentaba ayudarla.

Denise levantó la mano en un gesto torpe y extraño mientras Coln leía.

—Sigo sin saber qué significa nada de eso.

—¿No conoces las palabras? —preguntó Jason, inclinándose hacia delante con interés.

—No.

—Pero sabes hablar —dijo Jason, pensativo—. ¿Qué es lo que recuerdas?

—Nada —respondió Denise—. No recuerdo nada, señor Flippenday.

Jason hizo una mueca.

—Llámame Jason —murmuró mientras Abrams preguntaba a la chica qué comidas le gustaban. Cosa que, por supuesto, ella tampoco sabía.

Debería tener más recuerdos. La mayoría de los pacientes con amnesia recordaban algo, aunque fuesen solo fragmentos.

—¿Qué opinas tú? —susurró Jason.

—Es raro —dijo Lanna—. Está cambiada, viejales. No sé qué le han hecho, pero desde luego se aplicaron a base de bien.

—Estoy de acuerdo.

Abrams fue a pedir comida para la chica y para él, decantándose, observó Jason, por dos de los platos más caros del menú. Sabía que Jason pagaría la cuenta. Por lo menos el chico tenía estilo.

Mientras Abrams volvía a sentarse, Jason pensó de nuevo en el extraño hombre de la cafetería. Era imposible que tuviera acceso a la cito, porque en ciento cincuenta años nadie más había descubierto la capacidad aparte de la CT. Pero ¿y si alguien lo había hecho? ¿Y si alguien había averiguado que Denise la poseía y la había capturado para intentar sonsacarle lo que supiera? ¿Qué le habrían hecho para obtener de ella esos conocimientos?

Sus meditaciones no lo llevaban a ninguna parte. Al cabo de un tiempo llegaron los platos y Jason empezó a comer. Le gustaba la comida sencilla y sin complicaciones, así que había pedido pasta con una salsa muy ligera. Comió en silencio, dejando vagar su mente mientras observaba a un hombre que discutía con la camarera por la cuenta a poca distancia.

No debería haberse preocupado por la muerte del embajador. Seguramente la policía acabaría atribuyendo el asesinato a algún grupo de activistas xenófobos. Estaban por todas partes. Había quienes odiaban a otras especies porque se creían superiores a ellas, quienes las odiaban porque consideraban a los alienígenas demasiado arrogantes y quienes las odiaban por el mero hecho de ser diferentes. El proyecto de ley para un programa de intercambio, que tenía por objeto organizar la visita de niños humanos a otros planetas para que aprendieran de especies distintas, había caído derrotado tres veces en el Senado de Gobiernos Unidos.

Lo más probable era que la muerte del embajador no tuviera nada que ver con Denise. Jason debería marcharse. Había demasiadas cosas que exigían su atención para que se entretuviera siguiendo pistas falsas. Aquel viaje ya le había ocupado demasiado tiempo.

Jason se interrumpió. Denise había desviado la mirada hacia el hombre que discutía por la cuenta. Tenía el puño levantado hacia la

camarera, soltó unas cuantas palabrotas y por fin dejó algo de dinero en la mesa con brusquedad y salió enfadado del local.

—¿Por qué se pone así? —preguntó Denise—. ¿Cómo puede estar tan furioso?

—A veces la gente es de esa manera —dijo Coln, incómodo—. ¿Qué tal la comida?

Denise bajó la mirada hacia el filete. Se había comido con evidente incomodidad unos pedazos que había tenido que cortarle Coln.

—Está muy...

—¿Muy qué? —preguntó Jason.

—No lo sé —confesó Denise, sonrojándose—. Sabe demasiado... fuerte. Hay un sabor que es muy raro.

Jason frunció el ceño.

—¿Qué sabor?

—No lo sé. También era muy fuerte en la comida del hospital, aunque no les dije nada. No quería que se ofendieran.

—Descríbeme ese sabor —insistió Jason. Tenía algo que le cosquilleaba al fondo de la mente, una conexión que ya debería haber hecho.

—Déjela en paz, viejales —dijo Abrams—. Ha sufrido mucho.

Jason arqueó las cejas al oír la palabra «viejales». Oyó la risita de Lanna al otro lado del enlace superlumínico. Hizo caso omiso a Abrams y volvió la cabeza hacia Denise.

—Descríbeme el sabor.

—No puedo —dijo Denise al cabo de un momento—. Es que... no sé lo que es.

Jason cogió el salero de la mesa y se echó un poco de sal en la mano.

—Prueba esto —ordenó.

Ella lo hizo y luego asintió.

—Ese es. No me gusta mucho.

Abrams puso los ojos en blanco.

—Estupendo, ha descubierto que la pobre no sabe cómo se llama el sabor salado. ¿Y qué? Tampoco sabía qué era ninguno de estos platos, ni su propio nombre siquiera.

Jason se reclinó en el asiento sin hacer caso al chaval. Se concentró en su plato y siguió comiendo en silencio.

—Te he reservado el viaje de vuelta a Júpiter —dijo Lanna—. Embarcarás en el carguero *Excel* a las 22.30, hora local.

Jason asintió para sí mismo. Estaba de pie en la terraza de su habitación, apoyado en la barandilla y escuchando la voz de Lanna en su oído.

—Es buena nave, siempre puntual, como a ti te gusta —añadió Lanna—. Tienes camarote para dos personas.

Jason no respondió. Sentía Vísperas ante él, percibía sus enormes edificios metálicos y sus numerosas pasarelas para peatones. A veces intentaba recordar lo que había sido poder ver. Intentaba imaginar los colores como sensaciones visuales y no como vibraciones citónicas, pero le costaba cada vez más. Había pasado mucho tiempo, y de todos modos tampoco había tenido muy buenos ojos desde un principio.

Vísperas era un trájín de movimiento a su alrededor. Los aerocoches volaban, la gente caminaba por las calles, las luces se encendían y se apagaban. Era hermoso, a su manera. Era hermoso que la humanidad se hubiera expandido hasta tan lejos, que hubiera hallado la forma de prosperar incluso allí, en pleno espacio, donde el Sol apenas era más que otra estrella cualquiera.

—No vas a volver aún, ¿verdad? —preguntó Lanna en voz baja.

—No.

—Entonces ¿crees que la muerte del embajador puede estar relacionada?

—No sé —respondió Jason—. Tal vez. Hay algo que me preocupa, Lanna.

—¿Sobre el asesinato? —preguntó ella.

—No, sobre nuestra científica. Hay algo en Denise que... no cuadra.

—¿Qué es?

Jason calló un momento.

—No estoy seguro. Aprendió a caminar y hablar demasiado deprisa, para empezar.

Lanna guardó silencio un momento.

—No sé muy bien qué decirte —respondió por fin.

Jason suspiró y negó con la cabeza. Él tampoco sabía muy bien a qué se refería. Se quedó un momento callado, contemplando el flujo de personas en una pasarela cercana. Había algo que no encajaba y Jason no alcanzaba a señalar qué era, pero sí sabía muy bien lo que temía. Durante más de un siglo, la CT había mantenido el monopolio sobre la cito. Jason no esperaba que la capacidad psíquica siguiera siendo del dominio exclusivo de la CT y, de hecho, pretendía que a largo plazo dejara de serlo. El mismo objetivo hacia el que trabajaba era también lo que le daba miedo.

—Jason —dijo Lanna—, ¿nunca te ha preocupado que lo que hacemos esté mal?

—Todos los días.

—O sea, ¿y si tienen razón? —dijo Lanna—. Todos ellos, los tenasi, los varvax... son mucho más antiguos que la humanidad. Saben más que nosotros. Es posible que estén en lo cierto, que a lo mejor la humanidad se volverá civilizada antes de obtener el transporte superlumínico. Quizá al negarles la cito estemos impidiendo que progrese como deberíamos.

Jason se quedó callado junto a la barandilla, escuchando las risas de los niños que corrían por la calle debajo de su balcón. «Niños, riendo...».

—Lanna —dijo—, ¿sabes cómo lo hace la Coalición de Supervisión Interespecial para calificar el tipo de inteligencia que posee una especie?

—No.

—Se fijan en los niños de esa especie. —Jason bajó la voz—. En los más mayores. En los niños que ya han vivido lo suficiente para empezar a imitar la sociedad que ven a su alrededor, los que han perdido la inocencia de la infancia pero aún no la han reemplazado con el tacto y las maneras de un adulto. Esos niños revelan cómo es

de verdad una especie. A partir de ellos, los varvax pueden determinar si una especie es civilizada o bárbara.

—Y ese examen lo hemos suspendido —supuso Lanna.

—Casi no hemos puesto bien ni el nombre.

—Tampoco pasa nada —dijo Lanna—. Todas las especies suspenden el examen al principio de su desarrollo. Terminaremos aprobándolo.

—Los tenasi apenas habían empezado a usar la máquina de vapor cuando dieron su primer salto superlumínico —dijo Jason—. Y los varvax, tres cuartos de lo mismo, porque aún no tenían ordenadores. Las dos especies viajaron a otros planetas antes de aprender a enviar un transbordador al espacio.

Lanna no respondió.

—Nosotros ya llevamos casi tres siglos fuera de nuestro planeta natal —prosiguió Jason—. Los varvax dicen que la tecnología no es la forma de avanzar, que el desarrollo tecnológico tiene sus cotas y, en cambio, una mente sintiente es ilimitada. Pero... aun así me preocupo. Temo que la humanidad encuentre una manera de todos modos. Siempre lo hemos hecho hasta ahora.

—Así que te dedicas a ser su perro guardián —dijo Lanna.

Jason guardó silencio un momento.

—De otras en vasto remolino se lava el crimen infecto o con fuego se quema —recitó por fin en voz más baja—. Después se nos suelta por el Elíseo anchuroso, y unos cuantos ocupamos los campos felices hasta que el largo día, cumplido el ciclo del tiempo, limpia la impureza arraigada y puro deja el sentido etéreo y el fuego del aura primitiva.

—¿Homero? —preguntó Lanna.

—Virgilio. —Más allá de los edificios, más allá del aire, Jason sintió las motas de luz estelar en el cielo—. El espacio es el Elíseo, Lanna, el lugar al que van los héroes al morir. Los varvax y todos los demás han guerreado y sangrado, igual que nosotros. Y luego por fin superaron todo eso, pagaron el precio y se ganaron la paz. Quiero asegurarme de que su paraíso no deja de serlo.

—¿Jugando a ser Dios?

Jason calló. No sabía cómo responder, así que no lo hizo. Se limitó a quedarse allí de pie. Sintiendo el paraíso en lo alto y Vísperas por debajo.

Coln buscó algo de beber en el minibar de su habitación de hotel. No solía consumir alcohol, pero tampoco acostumbraba a afrontar la pérdida de su trabajo y su más que probable encarcelación. Terminó sirviéndose una copa de whisky escocés y fue hacia la terraza.

Se detuvo en seco mientras cruzaba el umbral. Jason Write estaba apoyado en la barandilla de su propio balcón, a escasa distancia. No miró hacia él, pero aun así Coln se sintió observado.

«No dejes que te intimide», se dijo. Siguió adelante como si no pasara nada y se apoyó también en la barandilla.

Seguir a Write le había parecido muy buena idea al principio. Coln estaba frustrado por la escasa información de que disponía la Oficina de Inteligencia. Sabían que la CT estaba ocultándoles alguna tecnología, pero no tenían ni idea de cuál era. Sabían que Write poseía algo que era crucial para las operaciones de la CT, pero no estaban seguros de por qué lo era. La oficina tenía intención de seguir vigilándolo, pero había hecho demasiadas promesas. La OIGU había estado a punto de decantarse por dejar tranquilo a Write.

Coln suspiró y dio un sorbito al whisky. Había elegido la misión equivocada. Write planeaba marcharse ese mismo día y se llevaría consigo a la desafortunada científica. Y entonces Coln se quedaría allí solo, como el fugitivo que era, como el idiota que era.

—Ese chico es idiota —dijo Lanna.

—Lo sé —murmuró Jason—, pero al menos tiene pasión. Y valentía.

—Eso no es valentía, sino temeridad.

—Llámalo como quieras —repuso Jason, sintiendo al joven agente de la OIGU a escasa distancia.

—Y no es solo eso —prosiguió Lanna—. Tendrá pasión, pero esa pasión es el odio que siente hacia ti. He estado investigando un poco. Por lo visto, fuiste el protagonista de varios proyectos de investigación suyos antes de graduarse. Y no sacó unas conclusiones muy halagadoras, viejales. Deberías leer las cosas que escribió, como que...

Lanna siguió hablando, pero Jason dejó de prestarle atención. Sus pensamientos no dejaban de vagar hacia Denise. ¿Quién se la había llevado y qué había hecho con ella?

«No comprende la violencia», pensó Jason. No comprendía la violencia y nunca había probado la sal. Hablaba raro, de un modo que casi llegaba a recordarle a algo. No sabía caminar bien ni usar los músculos. Era como si...

Jason inhaló una bocanada brusca y sorprendida.

«Como si estuviera acostumbrada a vivir en otro cuerpo».

—¿Qué pasa? —preguntó Lanna.

—Denise Carlson está muerta —dijo él.

—¿Cómo? ¿Qué le ha ocurrido?

Jason se quedó callado un momento.

—¡Jason! ¿Qué le ha pasado?

Jason no le hizo caso. Dio media vuelta y regresó a su habitación. Salió al pasillo y llegó a la habitación contigua, no la de Coln, sino la del otro lado. Abrió la puerta sin preocuparse de llamar.

Denise se incorporó sorprendida, pero se tranquilizó al ver quién había entrado. Jason pasó junto a ella sin pronunciar palabra y llegó al panel de control de la habitación. Introdujo unas órdenes y la luz

se volvió mucho más intensa, las bombillas pasaron a un leve color rojo.

—¿Qué tal así? —preguntó, volviéndose hacia ella.

Denise lo miró confusa.

—Me gusta. Lo noto... correcto, por algún motivo.

Jason asintió. La luz brillaba tanto que casi todo el mundo la encontraría muy molesta. De hecho, en la mente de Jason era un auténtico fragor.

—Por favor —dijo Denise estirando los brazos hacia delante—, dígame lo que está haciendo.

Las manos de Denise estaban extendidas por delante de ella, como en el gesto varvax de súplica. Jason tendría que haber reparado en ello antes.

—Jason, me tienes subiéndome por las paredes —dijo Lanna en su oído.

—Esta no es Denise Carlson —explicó Jason en voz baja.

—¿Cómo? ¿Y quién es?

—Se llama Vahnn —respondió Jason.

De pronto Coln irrumpió en la habitación. Al instante se protegió los ojos de la luz, una luz que imitaba un sol caliente y severo, que requería de un fuerte caparazón cristalino para soportar su radiación.

—¿Se puede saber qué hace, lunático? —exclamó Coln, apartando a Jason para pulsar los controles de la habitación. Luego se volvió hacia Denise—. ¿Estás bien?

—Eh... —dijo Denise—. Claro, ¿por qué no iba a estarlo?

Coln desvió la mirada hacia Jason. Entonces se quedó quieto y frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó Jason.

—¿Por qué me está mirando así, Write? —preguntó Coln en tono brusco.

—¿Así, cómo?

Coln se estremeció.

—Sus ojos... Es como si mirara a través de mí. Como si...

Jason se llevó una mano a la cara por instinto, tanteando en busca de unas gafas de sol que no estaban allí. Había olvidado que no las llevaba puestas. Avergonzado, dio media vuelta y salió corriendo al pasillo.

«No debo dejar que me vea... No debo dejar que lo sepa. Se burlará de mí. Se reirá...».

Coln se quedó atrás, mirándolo perplejo mientras se arrodillaba junto a la criatura que tenía el cuerpo de una mujer y la mente de un alienígena.

—No es posible —dijo Lanna.

—Lo mismo decían de los poderes psiónicos hace unos años —replicó Jason, caminando por una pasarela fuera del hotel.

—Pero es que es tan...

—¿Tan qué?

Lanna dio un suspiro de frustración.

—Vale, pongamos por caso que tienes razón. ¿Quién haría algo así? ¿Quién querría cambiar la mente de alguien por la de un alienígena? ¿De qué iba a servir a quien lo hiciera?

—Los varvax son los citónicos más desarrollados de toda la galaxia —dijo Jason, bajando la voz al cruzarse con gente en la oscura calle de Vísperas.

—¿Y?

—¿Y qué podrías aprender si pasaras unos años en la cabeza de un varvax? ¿Qué harías si pudieras ingeniártelas para controlar un cuerpo de varvax e infiltrarte en su sociedad? Alguien intentó apoderarse de un anfitrión varvax... pero salió mal. Puede que mataran el cuerpo robado, o puede que la transferencia fallara. Entonces se deshicieron del cuerpo varvax y dejaron a Denise vagando por las calles.

—Pero ¿por qué Denise?

Jason se quedó pensando.

—No lo sé. Puede que trabajara para ellos como espía de algún tipo. Y que cuando se le presentó una buena oportunidad, la aprovechara.

—Ese razonamiento hace aguas por todas partes, viejales.

—Lo sé —reconoció Jason—. Pero ahora mismo no se me ocurre nada más. Lo único que sé es que esa mujer del hotel no es humana. Se comporta como un varvax, piensa como un varvax y gesticula como un varvax.

—Habla inglés —señaló Lanna.

—Muchos varvax aprenden a hablar nuestros idiomas —dijo Jason—. O al menos a entenderlos. Encuentran muy interesantes los lenguajes hablados. Además, tal vez su cuerpo retuvo una comprensión residual del habla y los movimientos.

—Es posible —dijo Lanna, aunque no sonaba muy convencida—. ¿Adónde vas?

—Ahora lo verás.

Jason siguió caminando un corto trecho hasta llegar al hospital psiquiátrico. Entró dando zancadas y encontró a la misma enfermera sentada tras el mostrador. La mujer enarcó una ceja al verlo, desconcertada y un poco reprobadora.

Jason siguió adelante sin hacerle caso y pasó al hospital en sí.

—¡Señor! —lo llamó ella—. ¡No puede entrar ahí dentro! Señor, no tiene...

Jason dejó atrás su voz, pero al poco tiempo la oyó llamando a seguridad.

—¿Era la enfermera? —preguntó Lanna, que estaba escuchando—. ¿Has vuelto al hospital? ¿Así que por fin reconoces que estás loco y has decidido ingresarte a ti mismo?

Empezaron a asomarse al pasillo celadores, enfermeros y hasta algunos pacientes. «Más me vale que esté aquí», se dijo Jason. Justo en el momento en que lo pensó, sintió un rostro familiar escrutando desde una habitación.

—Por favor, avisa a la policía local de Vísperas, Lanna —dijo Jason—. Está a punto de llegarles el aviso de que un demente ha atacado a un celador de este hospital. Pídeles que hagan la vista gorda, ¿quieres?

—Jason, eres un hombre muy raro.

Jason sonrió, se volvió y entró en la habitación por la fuerza. Varios celadores retrocedieron de un salto, sorprendidos por la irrupción de Jason. Aquella vibrante estancia blanca debía de ser algún tipo de sala de descanso para empleados. El celador al que Jason había visto en la cafetería echó a correr al instante. Jason se abalanzó sobre él, aferró al hombre con una mano y le dio la vuelta.

El hombre forcejeó, pero un rodillazo en la entrepierna detuvo en seco sus esfuerzos. Jason se quitó las gafas, agarró la cabeza del hombre con las dos manos y la giró hacia él.

—¿Quién te envía? —preguntó Jason, clavando sus ojos ciegos en el hombre.

El celador le sostuvo la mirada, desafiante.

—Ah, ya veo —dijo Jason, sin soltar las manos de la cabeza del hombre—. Sí, puedo leerte los pensamientos sin ningún problema. Qué interesante. Ah, así que era verdad. Intercambiaron la mente, ¿eh? No sabía que pudiera hacerse. Gracias, me has sido de mucha ayuda.

Jason soltó la cabeza del confuso celador. Lanna soltó un bufido por el comunicador.

—Jason, a no ser que lleves mucho tiempo escondiendo unos poderes rarísimos, ha sido la sarta de embustes más enorme que he oído en la vida.

—Sí —dijo Jason, poniéndose las gafas de nuevo mientras se apresuraba a salir de la sala—. Pero ellos no lo saben.

—¿Para qué lo has hecho?

—Ten un poco de paciencia —la regañó Jason, levantando las manos mientras los guardias de seguridad llegaban al pasillo—. Ya me marchó.

Pasó entre ellos y salió del hospital.

De vuelta en el hotel, Jason llevó a Denise y Coln a su habitación. Una lo miraba con su acostumbrada confusión de ojos ensanchados, el otro con su igualmente acostumbrada hostilidad. Jason se quitó la insignia de la solapa y se la entregó a Coln.

—Hay una nave con destino Júpiter Catorce —dijo—. Asegúrate de estar en ella cuando despegue y lleva a Denise contigo. Ve a la delegación de la Compañía Telefónica y te protegerán de la OIGU.

—¿Y qué pasa con usted, Write? —preguntó Coln, suspicaz.

—Si estoy en lo cierto, debería partir hacia otro lugar dentro de muy poco tiempo. Será mejor que os deis prisa; la nave saldrá antes de una hora.

Coln frunció el ceño. Jason percibió el recelo en su rostro. Coln no quería aceptar la ayuda de la CT, pero tampoco quería afrontar la justicia de la Oficina de Investigación. Con un poco de suerte, mantendría a salvo a Denise.

Tras un breve debate interno, Coln asintió y se levantó.

—Lo haré, Write. Pero antes quiero que me diga una cosa. Que me responda a una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Tienen ustedes lo que todo el mundo cree?

Jason arrugó la frente.

—¿Que si tenemos qué?

—Motores superlumínicos —aclaró Coln—. ¿La CT dispone de la tecnología para crearlos o no? ¿Están ocultando al resto de la humanidad el secreto de cómo rebasar la velocidad de la luz?

Jason calló un momento.

—Haces la pregunta equivocada —dijo después.

Coln torció el gesto.

—Ya sabía que no iba a responderme. —Coln se volvió hacia la silla de la mujer—. Vamos, Denise.

Denise no se movió. Se le cerraron los ojos y se hundió en su silla.

—¡Denise! —exclamó Coln, arrodillándose a su lado. La mujer parecía respirar, pero...

Jason empezó a notarse mareado y captó un tenue olor en el aire. Renegó en voz baja y se volvió para echar a correr hacia la puerta. Trastabilló a medio camino y perdió el equilibrio. Apenas notó siquiera el golpe contra el suelo.

«Trabajan deprisa. Ya debían de estar preparados para gasearnos...».

Jason despertó en la negrura. Una pura y espeluznante negrura. No tenía vista, ni su sentido, ni ninguna percepción en absoluto. La oscuridad había regresado.

Jason comenzó a sacudirse. «¡No! ¡No puede ser! ¿Dónde está mi sentido?». Se hizo un ovillo, casi sin notar el suelo metálico que tenía debajo. La negrura lo engulló, y era más que una mera oscuridad: era la nada. La ausencia total de sensaciones. El único terror genuino en la vida de Jason. Y había regresado.

Gimoteó sin poder evitarlo mientras los recuerdos volvían en tropel.

Todo había empezado con su visión nocturna, como solía ocurrir con las enfermedades visuales. Recordó pasar noches enteras en la cama de niño, sintiendo que la oscuridad parecía volverse más y más opresiva. Luego comenzó a ocurrirle también de día. Primero desapareció su visión periférica, y fue como si la oscuridad estuviera dándole caza, rodeándolo. Cada mañana al despertar, tenía la sensación de que la oscuridad le había ganado terreno. De que acechaba como un animal salvaje al borde de su campo visual.

Terror. Los médicos no habían podido hacer nada. Jason se vio obligado a intentar llevar una vida normal mientras la oscuridad parecía envolverlo más a cada segundo que pasaba. Vivía sometido a un miedo perpetuo a lo que estaba por llegar.

Y luego habían estado los niños. Los otros niños, que no lo comprendían. Él había intentado seguir como si no pasara nada, vivir como si no estuviera ocurriendo. Tendría que haberlo reconocido ante ellos. Pero al no hacerlo, lo único que veían los demás niños era a un atontado que no dejaba de tropezar. Se habían reído. ¡Cuánto se habían reído!

Jason aulló, como si pudiera apartar la oscuridad de un grito. ¿Dónde estaba su sentido? ¿Qué estaba pasando? Hizo aspavientos en la oscuridad hasta que rozó una pared con los dedos. Se retiró a un rincón, asustado y confundido.

—¿Cómo lo ha hecho? —preguntó una voz desde arriba.

Jason alzó la mirada, pero no vio ni sintió nada.

—Dígame, señor Write. —La voz hablaba en tono autoritario—. ¿Puede leer la mente? Es imposible hacerlo mediante la cito. Ni siquiera los varvax son capaces de penetrar en los pensamientos de un individuo. ¿Cómo lo ha hecho usted?

Jason no respondió. Solo estaba la oscuridad. La negrura.

«Esto ha sido idea mía —pensó una parte de la mente de Jason—. Era un cebo. Quería llamar su atención para que me llevaran con ellos. Y eso han hecho. Esto es lo que quería».

Pero... ¡la oscuridad!

—¿Cómo? —graznó Jason—. ¿Cómo me lo habéis quitado?

—Responda a mis preguntas, señor Write —dijo la voz—, y le devolveré su sentido. ¿Cómo ha podido leer la mente de ese hombre?

Jason se estremeció y se apretó más contra el frío telanio de la pared. La voz de aquel hombre era áspera y gutural. Hablaba raro, con un poco de acento, pero Jason no lograba identificarlo.

«Esto no es permanente —se dijo Jason—. La oscuridad desaparecerá. Igual que hizo cuando desarrollaste la cito».

—No acabe con mi escasa paciencia, señor Write —le advirtió la voz—. Hable y dejaré vivir a sus compañeros.

«Coln, Denise. Estaban en la habitación de hotel conmigo».

Jason no respondió. Bajó al suelo, se sentó y respiró hondo, tratando de conservar la cordura. Desde que había desarrollado la cito, nunca había estado a oscuras. Su sentido funcionaba incluso cuando no había luz.

—¿Lanna? —susurró Jason, notando que la oscuridad se cernía sobre él—. ¡Lanna!

—El enlace con su cuartel general está anulado, señor Write —dijo la voz.

Jason gimió. La oscuridad parecía acercarse cada vez más, amenazando con devorar su mente.

—Usted verá, señor Write —dijo la voz—. Le doy tres minutos. Si para entonces no me ha respondido, la mujer morirá.

Un chasquido y luego el silencio. Todo parecía peor sin aquella voz, y de pronto Jason deseó haber hecho que el hombre siguiera hablando. Deseó haber dicho a aquella voz la verdad, que no era capaz de leer la mente. Lo que fuese con tal de que hubiera alguien más allí con él.

Se había quedado solo.

«¡No puedo hacerlo! —pensó Jason—. Cualquier cosa menos esto. Ya pasé una vez por este horror. ¡No puedo volver a hacerlo!».

Trató de derribar las paredes con hojas mentales, pero no pasó nada.

«Tranquilízate, Jason. Contrólate. Los varvax ya te hablaron de esto». Sonn lo había mencionado en una ocasión. Se había mostrado reservado e incómodo, lo cual era extraño en un varvax. Jason le había preguntado si había alguna manera de reprimir la capacidad citónica. Sonn había terminado reconociendo que la había, pero había dicho a Jason que no iba a necesitarla. Aún no.

La oscuridad...

«¡No! Concéntrate. No tienes tiempo de estar asustado». Lo más probable era que el dispositivo inhibidor tuviera un componente tecnológico. Muchas capacidades citónicas necesitaban una parte mecánica, como la comunicación superlumínica, que no funcionaba sin receptores físicos. El poder citónico que hubiera detrás de su reclusión estaría transfiriendo una parte de su energía mental a algún dispositivo físico que utilizara la electricidad para amplificar el efecto. Pero debido a ese aumento, Jason nunca sería capaz de liberarse. Se quedaría atrapado para siempre en la negrura.

«Para siempre, no. Solo unos minutos más, hasta que me maten». Casi lo prefería.

Le vino una imagen a la mente, la imagen de la humanidad escapando al espacio. Una imagen de comerciantes humanos negociando y estafando, de tiranos humanos dominando a las especies tecnológicamente inferiores, los varvax, los tenasi, los

hommar. Imágenes de guerras, de conflicto, de un paraíso destruido.

«¡No puedo permitir que suceda!».

Pero ¿qué podía hacer? Pasó la mano por la pared, se levantó con torpeza y tanteó la estancia. Era pequeña y cuadrada, de unos dos metros de lado. Apenas logró distinguir el contorno de la puerta, que no tenía pomo en aquel lado.

«¡No me queda tiempo! —pensó Jason desesperado—. No puedo escapar y no puedo contactar con Lanna».

No podía contactar con Lanna, pero... Se llevó la mano a la oreja y tocó el disco de control. Habían interrumpido su conexión con el cuartel general, pero quizá no hubieran pensado en los polizones...

—¡No os saldréis con la vuestra! —chilló Coln a las paredes—. Soy agente de la OIGU. ¡Apresar a un miembro de las fuerzas de la ley es un delito muy grave!

No recibió respuesta. Coln suspiró y notó que la ira remitía ante el avance de puro aburrimiento. Había despertado con dolor de cabeza en aquella sala, que parecía ser algún tipo de almacén. Desde entonces no había oído nada fuera de la puerta. Denise estaba allí dentro con él, sentada en silencio sobre una caja.

«¿Qué planea Write? —pensó—. Ha hecho que nos capturen, pero ¿por qué?». Debía de estar relacionado con el plan maestro de la CT, fuera cual fuese.

De pronto oyó algo chisporroteando en su oído.

—¿Coln? —La voz tenía un crepitar enfermizo, como un susurro en labios de un muerto.

—¿Write? —dijo Coln—. ¿Por qué me ha encerrado?

—Cállate, Coln —susurró la voz—. Estamos encerrados los dos. Vamos a morir a menos que puedas hacer algo.

—¿Algo? —preguntó Coln, suspicaz—. ¿Qué?

—Tienes que cortar la electricidad. Funde un plomo, sobrecarga un circuito, lo que sea.

Coln frunció el ceño.

—¿De qué serviría? Tendrán generadores de emergencia.

—Tú hazlo.

El enlace se cortó con un chasquido.

Coln maldijo en voz baja. ¿Qué estaría planeando Write? ¿Se atrevía a confiar en él? ¿Se atrevía a no hacerlo?

Denise lo miró con gesto perplejo mientras Coln buscaba por la pequeña habitación, apartando cajas y carritos. Al cabo de un tiempo, encontró un enchufe en la pared. Se quedó quieto un momento, contemplándolo. Después suspiró y arrancó un trocito de acero del fleje de una caja que tenía cerca.

«¿Por qué no? Tampoco es que vaya a meterme en un lío más gordo que este».

Jason no podía huir de la oscuridad. No podía apartarla cerrando los ojos, no podía escapar de ella corriendo y no podía hacer como si no estuviera. Solo podía acurrucarse contra la pared, notando cómo flaqueaba más y más su resolución —y su cordura— a cada segundo que pasaba. Oyó, pero no entendió, la voz cuando volvió a hablar. Sus captores habían cometido un error garrafal. Podían hacer todas las exigencias que quisieran, pero Jason no estaba en condiciones de cumplirlas. Más valía que lo mataran. ¿Qué más daba?

La voz le gritó. Jason se sintió enloquecer. No podía resistirse a ello. No quería resistirse a ello. Plantar cara sería demasiado difícil. La única solución era caer en una feliz inconsciencia, silenciar todo pensamiento y percepción.

En ese momento volvió su sentido.

Fue solo una incidencia fugaz, una vacilación infinitesimal en el nivel de potencia. Pero con eso bastaba. El sentido fluyó al interior de Jason como la droga a las venas de un adicto. Al momento el inhibidor se reactivó y el sentido empezó a desvanecerse de nuevo.

Jason descargó un millar de hojas mentales a la vez, que hicieron trizas las paredes a su alrededor. Destrozó el telanio en pedazos, los pedazos en esquirlas y las esquirlas en polvo. Las paredes se evaporaron como papel higiénico ante una explosión atómica, proyectando gránulos metálicos disparados en todas las direcciones. Jason gritó al liberar la oleada de poder, un bramido animal que hizo retroceder la oscuridad.

El mecanismo supresor se apagó al instante, destruido por el impacto. Jason estaba tendido, acurrucado, en su traje manchado de polvo y sudor, sobre un brillante suelo de telanio. Se deleitó con el regreso de su sentido durante un mágico y silencioso momento. Sin embargo, con su sentido volvió también la cordura, inseparable del primero para él.

«Aquí dentro hay otro citónico, y no va a hacerle ninguna gracia que haya escapado».

Así que, después de respirar hondo, Jason se obligó a levantarse.

Coln estaba sentado en el suelo, aturdido. Tenía en la mano un pedazo de goma, el que había utilizado para sostener el trocito de acero al insertarlo con fuerza en el enchufe. Había esperado que ocurriera alguna cosa, sí, pero no que la sala contigua a la suya estallara.

Parpadeó y se sacudió los plateados copos de telanio de la ropa. «¿Qué ha...? —pensó atónito mientras frotaba unos gránulos de telanio entre los dedos—. ¿Qué ha podido hacer esto?». Ni siquiera el armamento moderno podía hacer más que arañar el telanio, y eso a duras penas.

Alzó la mirada y vio a Jason Write de pie en el mismo centro de la explosión. El agente tenía la ropa hecha harapos. Coln dejó que el polvo de telanio se escurriera entre sus dedos estupefactos mientras miraba a Write a los ojos. Al igual que antes, los vio desenfocados, insensibles incluso. Miraban sin expresión hacia delante, inmóviles, como los ojos de... de un ciego.

—¿Qué eres? —susurró Coln.

Write no hizo caso a la pregunta.

—Vete y llévate a la chica —dijo con voz tranquila pero amenazadora—. Este lugar está a punto de volverse muy peligroso.

Coln asintió y buscó la mano de la asustada Denise. En ese momento se oyó otra voz, desconocida para él.

—Venga, por favor, señor Write —dijo la voz—. ¿Tenemos que rebajarnos a tales suposiciones? ¿Acaso no somos... civilizados?

Write no se volvió hacia el origen del sonido, un altavoz que había en la pared.

—Muéstrate.

Se hizo el silencio. Luego sonaron unas pisadas. Coln puso a Denise detrás de él y miró con recelo hacia el pasillo, que había quedado a la vista gracias a aquella extraña explosión.

Apareció alguien en el pasillo. Era una figura anodina, salvo por su larga nariz y el cuerpo delgado. El hombre llevaba un almidonado

uniforme de la armada y sonreía mientras avanzaba con paso tranquilo, pasando un dedo por la capa de polvo de telanio.

—Dime quién eres —exigió Write, volviéndose para encarar sus ojos desenfocados hacia el hombre.

—¿En serio, Jason? —dijo el hombre—. ¿No me reconoce?

—No.

—Supongo que no debería sorprenderme. —El hombre siguió paseando con calma—. Ya han pasado unos años, y lo cierto es que tampoco era una persona tan importante. Solo uno más de sus muchos reclutas. Me llamaba Edmund.

La sala quedó en silencio.

—¿Por qué intentaste matar a Coln? —preguntó Write al cabo de un momento.

Edmund sonrió.

—Hasta para tratarse de un agente de la CT, es usted un hombre de lo más reservado, Jason. Ha ocultado información a los varvax. Si supieran que es usted capaz de crear hojas mentales, sin duda se sentirían tentados de elevar la designación de inteligencia de la humanidad.

Write frunció el ceño.

—Fue una prueba. Querías ver si podía detener las balas.

—Y no me decepcionó —respondió Edmund, deteniéndose justo delante de Write—. Las hojas mentales son una técnica muy avanzada, Jason. Con unas pocas décadas más de estudio, podría obtener el salto superlumínico. Estoy impresionado.

Los dos hombres estaban encarados entre ellos, aunque ninguno tenía los ojos enfocados en su adversario. Se quedaron así durante unos tensos momentos y Coln frunció el ceño. Le daba la impresión de que algo importante estaba a punto de suceder, pero no llegaba a hacerlo.

«¿Qué pasa aquí?».

Jason luchaba para salvar la vida. Había centenares de hojas mentales avanzando como centellas hacia él, ataques invisibles de pensamiento puro. Le hicieron falta todas sus fuerzas para evitar que las hojas le trituraran la carne. Se resistió enviando sus propias hojas mentales para interceptar las de su oponente, un oponente al que aún no comprendía.

Tenía un vago recuerdo de Edmund, aunque no había interiorizado su rostro lo suficiente para poder reconocerlo en la cafetería. Edmund había sido un hombre con cierto potencial citónico. Había huido de la CT después de unos pocos meses de entrenamiento. Hacía solo dos años de eso, así que ¿cómo había podido aprender tanto en tan poco tiempo?

La andanada de hojas mentales remitió y Edmund dio un paso atrás. Seguía sonriendo, pero en sus ojos se leía una cautela. No había esperado que Jason fuese tan bueno como era.

Jason respiró hondo. Coln los miraba a cierta distancia, con el semblante confuso, cómo no, porque no había podido ver la batalla que Jason acababa de librar.

—Me impresiona usted de nuevo, Jason —dijo Edmund.

Jason notó que le goteaba sudor por la mejilla. Podía oler su propio agotamiento.

—No esperaba que supiera bloquear hojas mentales —prosiguió Edmund—. Pocos de nosotros hemos practicado a hacerlo siquiera.

—Llevaba ya un tiempo esperando que ocurriera esto —susurró Jason mientras se erguía con rigidez—. Sabía que personas como tú acabarían obteniéndolo. Sabía que algún día tendría que luchar.

—Se preparó bien.

Las hojas mentales atacaron de nuevo. Jason gruñó y lanzó sus propias hojas. Notaba una leve deformación en su sentido cuando estaba a punto de aparecer una hoja mental, y entonces daba un tajo contra esa zona con las suyas. Las oleadas se anulaban entre ellas, oscilando en su sentido como sendas curvas de luz. Detuvo

centenares de hojas y el aire a su alrededor resplandeció como si estuviera en el centro de una explosión.

«No podré resistir así mucho tiempo», pensó. En algún momento una hoja mental superaría sus defensas. A Jason solo le quedaba una carta que jugar, así que más le valía aprovecharla.

Siguió luchando, esperando a que llegara el momento idóneo. Edmund era más hábil que él. No debería ser posible, porque Jason llevaba más tiempo que ningún otro humano practicando la cito. ¿Cómo podía alguien superarlo tan deprisa? Jason tenía que descubrirlo. De lo contrario, todo su trabajo habría sido en vano.

El ataque cesó de nuevo. Edmund estaba sudando, así que por lo menos aquello le resultaba difícil.

—Has aprendido bien de los varvax —dijo Jason, jugándose el todo por el todo.

Edmund alzó la mirada, sorprendido. Entonces se echó a reír.

—Vaya, al final resulta que no puedes leer la mente —dijo sonriendo—. Menudo farol te has marcado.

«Me equivocaba —pensó Jason—. Pero entonces, ¿cómo puede ser?».

—Adiós, Jason Write.

Jason sintió que el aire se agitaba a su alrededor. Empezaron a formarse incontables hojas mentales, como si lo rodeara una cúpula de energía pura. No podía detenerlas todas. Iba a morir.

«¡Ahora!».

Jason se concentró en sí mismo. No proyectó ninguna hoja mental. En vez de eso, sintió hacia dentro de sí mismo. Notó su propia vibración en su sentido, como una criatura fría y vestida de negro, muy distinta del niño que una vez fue, el que se había quedado estupefacto, paralizado por el terror.

Pero Jason ya no era ese niño. Con un chillido, sintió las hojas mentales caer sobre él y se arrojó por voluntad propia a la oscuridad.

Todo quedó inmóvil.

Lo envolvió la negrura, aquella no-existencia que lo había amenazado desde la infancia. Solo que en esa ocasión Jason había entrado en ella a propósito. Durante un instante eterno, se asfixió en su abrazo.

Entonces reapareció. Al hacer su reentrada en el espacio normal, apartó las moléculas de aire para que no se le quedaran atrapadas dentro del cuerpo al materializarse. Y de forma similar, apartó la carne de Edmund de su mano.

El mundo se sacudió y Jason había regresado. Estaba de pie con un brazo extendido, justo delante de Edmund. La muñeca de Jason terminaba de sopetón al encontrarse con la carne de Edmund, ya que su mano se había materializado dentro del pecho del otro hombre.

El corazón de Edmund, aferrado en el puño de Jason, palpó una vez. Los ojos de Edmund estaban fijos hacia delante, conmocionados. Por detrás de Jason, el lugar donde había estado un momento antes se convirtió en una explosión de hojas mentales.

Jason apretó el puño y Edmund gritó de dolor. El corazón dejó de latir. Edmund cayó de rodillas y Jason movió la mano un ápice fuera del espacio y la retiró.

Edmund cayó hacia atrás, sus ojos agonizantes y atónitos. Era un citónico tan poderoso que no se quedó inconsciente antes de morir, sino que murmuró:

—Transporte superlumínico. Vuelve a sorprenderme, Jason. No teníamos ni idea.

Jason se arrodilló junto a él.

—Ya hace tiempo que lo domino. Dímelo. Dime cómo lo has hecho. ¿Dónde aprendiste esos poderes?

El hombre soltó una carcajada áspera y dolorida.

—Llevo estudiándolos toda la vida, Jason.

—Explícame como —exigió Jason.

De algún modo, Edmund cruzó la mirada con él.

—Ah, qué idealista es usted, Jason de la Compañía Telefónica. En algún momento, deberá preguntarse lo siguiente: ¿por qué iba a

necesitar una especie como los varvax aprender una capacidad como la supresión citónica?

Jason se quedó callado, notando que se le embotaba la mente. Solo conocía una respuesta, una que apenas se había atrevido a plantearse jamás.

—Para retener a prisioneros.

—¿Prisioneros? —tosió Edmund—. ¡Librepensadores! ¡Disidentes! ¡Todo aquel que esté en desacuerdo con ellos!

—¡Mientes!

Edmund rio y se le arqueó la espalda de dolor.

—Y ustedes serán nuestra vía de escape —dijo, levantando la voz casi hasta el chillido—. Los varvax ya han disfrutado bastante tiempo de su paraíso. Usted casi enloquece después de estar unos minutos sin su sentido. ¡Imagínese lo que es pasar la vida entera en una caja como esa! Solo es capaz de ver la paz, solo ve la sociedad perfecta. ¡Pero no ve el precio!

Edmund exhaló un último y siseante aliento y su cuerpo cayó flácido.

—Mientes —susurró Jason—. Son un pueblo pacífico. Los monstruos somos nosotros, no ellos.

Se quedó sentado un momento, contemplando el cadáver en el suelo. Coln seguía de pie allí cerca, con aspecto asombrado... y confuso.

—Ven aquí —dijo Jason en voz baja—. Trae a la chica.

Coln obedeció sin mediar palabra. Jason puso una mano sobre cada uno de ellos y entró de nuevo en la oscuridad.

Coln reconoció la sala al instante. Parpadeó una vez, tratando de olvidar la espantosa sensación de vacío que acababa de experimentar. Estaba en una sala blanca y de paredes curvas, el centro de operaciones del cuartel general de la CT. La misma sala que aparecía en el holovideo borroso. Coln había estudiado su imagen centenares de veces, y ahora estaba allí de verdad.

Solo que la base de operaciones de la CT estaba en la Tierra, a meses de distancia de Vísperas. Coln inhaló de golpe, sorprendido. Write estaba cerca de él, con el traje hecho trizas y sangre goteándole de los brazos.

—¡Sí que puede hacer desplazamientos superlumínicos! —le acusó Coln.

—Sí.

—¡Así que tenía yo razón! —exclamó—. ¡Han estado ocultándoselo a la humanidad!

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó Coln casi gritando—. ¿De qué intentan protegernos?

—No intentábamos protegernos a nosotros —dijo Write, echando a andar hacia un lado de la sala.

Llegó a la pared, la que en teoría albergaba la maquinaria de comunicación superlumínica, y accionó una palanca. Apareció un pequeño vaso en la parte de abajo, seguido de un humeante chorrito de café.

—Intentábamos protegerlos a ellos. Y prepararnos a nosotros.

—¿Prepararnos? —preguntó Coln.

—Los programas de intercambio —explicó Write—, las líneas de apoyo social, hasta la moda de tintarse la piel. Cualquier cosa que nos abriera más la mente. Pero claro, ahora ya importa poco, ¿verdad?

Coln frunció el ceño y miró la cafetera.

—Así que eso no era la unidad de comunicación superlumínica.

Write negó con la cabeza y señaló a un lado. Había un hombre, al que Coln había tomado por un guardia de seguridad en la imagen de holovideo, sentado en una silla a poca distancia. Tenía los ojos cerrados.

—La unidad es su mente —dijo Write—. Su mente es lo que activa todas las llamadas superlumínicas.

—Pero hay millones de llamadas —objetó Coln.

—Solo es necesaria una mente para proporcionar la capacidad superlumínica —explicó Write—. El enrutado en sí puede hacerse con ordenadores.

Coln soltó un suave siseo de sorpresa.

—La tecnología es limitada —añadió Write—. Solo la mente es infinita.

Coln no pudo hacer más preguntas porque la puerta se abrió de sopetón y una mujer pelirroja irrumpió en la sala. Echó a correr y dio un fuerte abrazo a Write.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, y Coln reconoció al instante la voz de Lanna.

—Coln —murmuró Write—, te presento a Lanna Write, mi esposa.

—¿Cómo? ¿Están *casados*?

—Por desgracia —respondió Write, pero con cariño en la voz.

—Un momento —dijo Coln—. La OIGU ha interceptado sus comunicaciones un montón de veces, ¡y usted siempre protesta cuando se la asignan!

—Sí, y las asignaciones las hace él —respondió Lanna mientras echaba un vistazo a las pequeñas heridas que tenía Write en los brazos—. Siempre dice que cuanto menos sepa la OIGU sobre su vida personal, mejor. Además, le encanta chincharme. —Alzó la mirada hacia Write—. Vale, ahora para un momento y cuéntame qué está pasando. El médico ya viene hacia aquí.

Write suspiró y dio otro sorbo de café.

—Puede que estuviera equivocado, Lanna.

—¿En qué?

—En todo —dijo él en tono afligido.

Jason se había sentado en su habitación para que el médico le vendara los brazos. Lanna estaba de pie a poca distancia, con expresión contrariada. Era el terror del cuartel general de la CT, y pocos tenían el valor o la estupidez suficientes para provocar su ira.

—Muy bien, viejales —dijo—, ¿qué ha pasado?

Jason negó con la cabeza. Antes de que pudiera responder, sonó un aviso en su holovideo. Jason pulsó el botón y apareció el rostro quitinoso de Sonn.

—Tiene explicaciones que darme, Sonn —dijo Jason.

El varvax movió las manos hacia delante en gesto de súplica.

—Estoy a su disposición, Jason de la Compañía Telefónica.

Jason pulsó otro botón para mostrar a Sonn una imagen de Denise siendo interrogada por agentes de la CT.

—Dígame que no es cierto, Sonn —imploró Jason en voz baja—. Dígame que no encierran a sus disidentes.

—¿Disidentes varvax? —preguntó Lanna, sorprendida.

Sonn levantó las manos en gesto de disculpa.

—Ya le dije que en algún momento descubriría el motivo de que exista la supresión citónica, Jason de la Compañía Telefónica.

Jason agachó la cabeza. «No, no puede ser...».

—Es la única manera —dijo Sonn—. El camino hacia la paz.

—Paz para quienes piensan como ustedes —espetó Jason.

—Es la única manera.

—¿Y las demás especies? —preguntó Jason con brusquedad—. ¿Los tenasi, los hallos?

—Hacen lo mismo —dijo Sonn—. Han encontrado el camino, igual que terminarán haciendo ustedes. El camino hacia la inteligencia primaria. Debo pedirle disculpas por las molestias que le hemos causado.

Jason se echó hacia atrás en la silla, estupefacto. Se había equivocado. Tantos años, más de un siglo de trabajo, y se había

equivocado. Se había dejado engañar. De pronto se sintió asqueado. Asqueado y furioso.

—Irán a por ustedes, Sonn —dijo Jason, y asintió en agradecimiento al médico que había terminado de vendarle los brazos. Era de fiar, uno de los primeros citónicos a los que Jason había reclutado hacía más de cien años.

—¿Disculpe, Jason de la Compañía Telefónica? —dijo Sonn al cabo de un breve silencio. Tenía las manos retraídas en el gesto varvax de confusión.

El médico se marchó y Lanna se sentó al lado de Jason y miró a Sonn con ojos calculadores. A Lanna nunca le habían caído bien los varvax. Decía que no le gustaba la gente capaz de falsificar su lenguaje corporal con tanta facilidad.

—El embajador, el que murió —dijo Jason—, era un disidente. Ahora lo tengo conmigo. Me había convencido a mí mismo de que los humanos intentaban infiltrarse en la sociedad varvax y no me daba cuenta de que era al revés. Sus disidentes están huyendo y se ocultan entre nosotros. Intentan apoderarse de tecnología humana. Nuestra especie sigue sin civilizar, Sonn. Tenemos una maquinaria bélica capaz de destruir sus naves sin despeinarse.

Sonn mantuvo su gesto de perplejidad, pero lo aumentó con el de preocupación. Poca gente sabía que la nave diplomática tenasi que había caído derribada al llegar a la Tierra era una de las naves más avanzadas y poderosas de la galaxia. Y un solo misil humano había bastado para destruirla. Las demás especies tenían una tecnología muy inferior a la de esa nave.

—Esto es preocupante —reconoció Sonn.

—Lo sé —dijo Jason, e interrumpió la conexión. El rostro de Sonn se distorsionó un momento antes de desaparecer.

Jason se reclinó con un suspiro, sintiendo a Lanna junto a él. Ya había sabido que llegaría el momento. Había temido que no podría mantener a la humanidad apartada del espacio. Era solo que no había esperado que el cielo le fallara.

—Lo siento —susurró Lanna.

Jason negó con la cabeza.

—Siempre me has advertido que soy demasiado idealista.

—Pero quería creerte de todas formas —dijo Lanna. Le acarició despacio la mejilla—. ¿Crees que el hombre que te ha atacado actuaba en solitario?

—Imposible —respondió Jason—. Estaba demasiado confiado.

—Entonces...

Jason respiró hondo.

—Prepara una nota de prensa, Lanna. Diles que la Compañía Telefónica por fin ha desarrollado el transporte superlumínico y que haremos pública la tecnología cuando Gobiernos Unidos nos apruebe la patente.

Lanna asintió.

—Quizá aún podamos rescatar algo del paraíso —musitó Jason.





Nazrilof

BRANDON SANDERSON (Lincoln, Nebraska, 19 de diciembre de 1975) es un escritor estadounidense de fantasía y ciencia ficción. Es uno de los mayores exponentes de la literatura fantástica del siglo XXI, con veinte millones de lectores en todo el mundo.

Desde que debutara en 2006 con su novela *Elantris*, ha deslumbrado a lectores en treinta lenguas con el Cosmere, el fascinante universo de magia que comparten la mayoría de sus obras. Es autor de la brillante saga «Nacidos de la bruma», formada por *El Imperio Final* (2006), *El Pozo de la Ascensión* (2007), *El Héroe de las Eras* (2008), *Aleación de ley* (2011), *Sombras de identidad* (2015) y *Brazales de duelo* (2016). Tras *El aliento de los dioses* (2009), una obra de fantasía épica en un único volumen en la línea de *Elantris*, inició con *El camino de los reyes* (2010) una magna y descomunal decalogía, «El archivo de las tormentas», que continuó con *Palabras radiantes* (2014), *Juramentada* (2017) y *El ritmo de la guerra* (2020). Con un plan de publicación de más de

veinte futuras obras (que contempla la interconexión de todas ellas), el Cosmere se convertirá en el universo más extenso jamás escrito en la fantasía épica.

Más allá del Cosmere, es también autor de la trilogía «Reckoners», «Infinity Blade» (*La Espada Infinita*), la saga «Escuadrón», *El rithmatista* (2013), «Legión», y de la saga para jóvenes iniciada con *Alcatraz contra los bibliotecarios malvados* (2007). Además, en diciembre de 2007 fue elegido por Harriet McDougal como el continuador de *Un recuerdo de luz*, el volumen final de la famosa saga «La rueda del tiempo» que el fallecido Robert Jordan no pudo terminar. Finalmente, con el beneplácito de la viuda de Jordan, lo convirtió en una trilogía: *La tormenta* (2009), *Torres de medianoche* (2010) y *Un recuerdo de luz* (2013).

Sanderson vive en Utah con su esposa e hijos y enseña escritura creativa en la Universidad Brigham Young. Está trabajando en el séptimo libro de «Nacidos de la bruma», *El metal perdido*, previsto para noviembre de 2022, así como en el cuarto libro de la saga «Escuadrón» y el quinto libro de «El archivo de las tormentas», ambos previstos para 2023. También está trabajando en el proyecto de publicación de cuatro libros secretos, financiado exitosamente por medio de Kickstarter.